

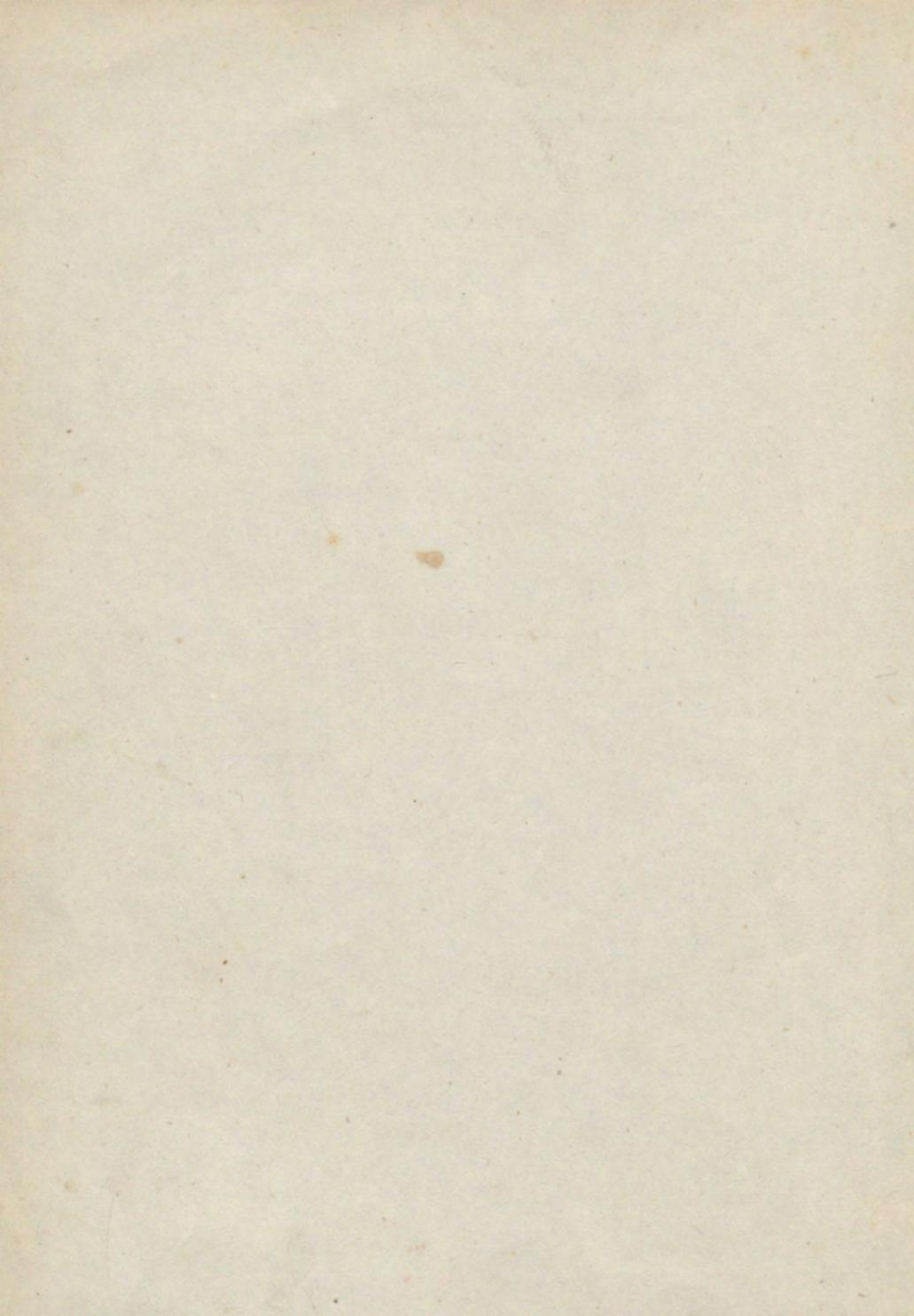
C. LEMONNIER
NENES Y JUGUETES



COLECCION CH. BOURET

T.160839

C.1203660



DG
A

NENES Y JUGUETES

SCEAUX. — IMP. CHARAIRE É HIJO



C. LEMONNIER

NENES Y JUGUETES

BATALLA ENTRE SOLDADITOS UNOS DE PLOMO
Y OTROS DE MADERA
LA NOCHEBUENA. — LA FIESTA DE S. NICOLAS
NATIVIDAD EN LA ALDEA. — AVENTURAS DE UN MANDADERO

Dibujos de Geoffroy y Becker

TRADUCCION ESPAÑOLA

POR

D. MARIANO URRABIETA



PARIS
LIBRERIA DE CH. BOURET
23, CALLE VISCONTI, 23

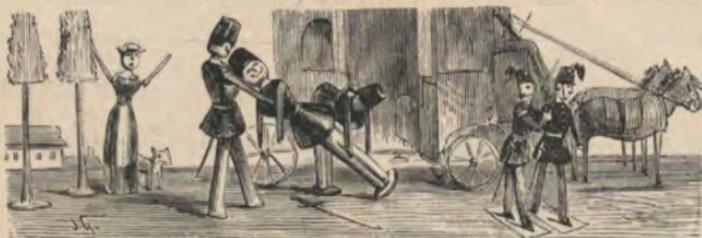
MEXICO
LIBRERIA DE CH. BOURET
18, CALLE SÁN JOSE EL REAL, 18

1882

Propiedad del Editor



R. 126314



NENES Y JUGUETES

BATALLA

ENTRE SOLDADITOS, UNOS DE PLOMO
Y OTROS DE MADERA

I

En todo tiempo ha reinado mucha animosidad entre los soldaditos de madera y los soldaditos de plomo.

Estos últimos suponen que aquellos no son soldados, y la misma pretension sostiene el soldado de madera contra el soldado de plomo.



Yo tenía mi opinión en el asunto, pero no me atrevía á manifestarla, porque mis compañeros los soldados de madera no se habrían puesto muy contentos.

En esto sucedió que se declaró la guerra.

Siempre se hallan más pretextos para batirse que para hacer la paz. Los soldados de plomo dijeron que los habían insultado volviéndoles la espalda, y esto fué porque al vendedor se le ocurrió que no les mostrásemos el rostro.

En suma, tal fué el motivo, y como no deseábamos más que venir á las manos, respondimos á los soldados de plomo formándonos en batalla.

Nuestro regimiento era bellissimo. Te-



níamos pantalones blancos y levitas encarnadas. Los grandes colbacks negros nos llegaban casi hasta los

ojos; nuestras armas consistían en excelentes fusiles de madera y era un verdadero espectáculo el vernos maniobrar al sol.

. Todos nosotros rebosábamos de alegría con la idea del combate porque detestábamos cordialmente á los soldaditos de plomo, que se habian burlado á más y mejor de nuestro armamento. Un ardor belicoso nos encendia desde el primero hasta el último y yo como los demas, sólo deseaba una cosa : demostrar mi valor á nuestros enemigos.



. Los soldaditos de plomo eran superiores en número, y tenían artillería y caballería; pero en cambio nosotros los sobrepujábamos por la estatura; al lado nuestro parecían enanos.

Por fin llegó el día de la batalla. Los conejos tocaron la carga en sus tamboriles y seguidamente nos pusimos en movimiento. ¡ Soberbio espectáculo !

Primero nos desplegamos en dos alas y luego marcharon la izquierda y la derecha para dejar un hueco en el centro ; marchábamos de veras como un solo hombre. Ninguno de nosotros tropezó, podeis creerlo. Tan bien clavados en los

triángulos como si hubiésemos sido de hierro, la tienda nos parecía bien estrecha y mezquina para teatro de nuestras hazañas. Las muñecas nos contemplaban con

admira-
cion, y
á poco
que le-
vantá-
ramos
los ojos
descu-



bríamos sus rosadas caritas, lo cual acababa de envalentonarnos.

Algunas de corazon más sensible se escondian la cabeza en el pañuelo y un nene regordete, particularmente aficionado á uno de nosotros, se turbó hasta tal punto con la idea de que pudiera quedar herido ó muerto en la refriega, que cándidamente se levantó la falda para llorar á oscuras sin cuidarse de lo que podrian decir los presentes.



Los demas juguetes se mantenian inmóviles, temiendo todos los desastrosos efectos de la guerra.

Polichinela
que jamas
ha bri-
llado

por su bizarría,
se escondió
á la som-
bra de
su jo-



roba; Arlequin se tragó la mitad de su sable para no tener que habérselas con el prójimo y el Payaso se metió en un costal de harina en el fondo del molino.

« ¡ Sable de palo, firme! » nos decía nuestro comandante.

Y el general de los soldados de plomo gritaba al mismo tiempo :

« ¡ Sable de plomo, valor! »

Las voces de mando se cruzaban en el aire.

« ¡ Paso acelerado, marchen! A la izquierda, ¡ armas al hombro! »



Los conejos pegaban desafortunadamente en los tambores, hasta que de repente se oyó esta orden :

« ¡ A la carga! »

La caballería de los soldaditos de plomo salía como una flecha; pero los caballos no conservaron el equilibrio y se quedó en el camino lo ménos la mitad de la gente. Los demas llegaban sobre nosotros con el sable desenvainado.

Terrible fué el choque. Dos de nuestros soldados cayeron al suelo. Felizmente para nosotros los jinetes de plomo no pudieron detenerse con oportunidad y lanzados por su peso atravesaron nuestras líneas y vinieron á parar dentro de nuestro cuadro. Bien quisiera decir que fuimos generosos; pero no, los hicimos picadillo, tengo que confesarlo.

De todos modos se portaron como valientes.

A la vista de aquella espantosa carnicería hubo un instante de pánico en las filas de los soldados de plomo, tanto que al ver su confusion creimos nosotros que iban á huir en desórden.

Sin embargo, no tardaron en rehacerse las líneas y muy luego los guisantes menudos de su artillería cayeron sobre nosotros como granizo. Tres hombres mordieron el polvo á mi lado y otro perdió su colback.

« ¡ En masa! » gritó el comandante.

Era este un hombre que nada temia; aunque no fuese de otra madera que la nuestra, su autoridad le

daba una energía de que carecíamos nosotros simples soldados.

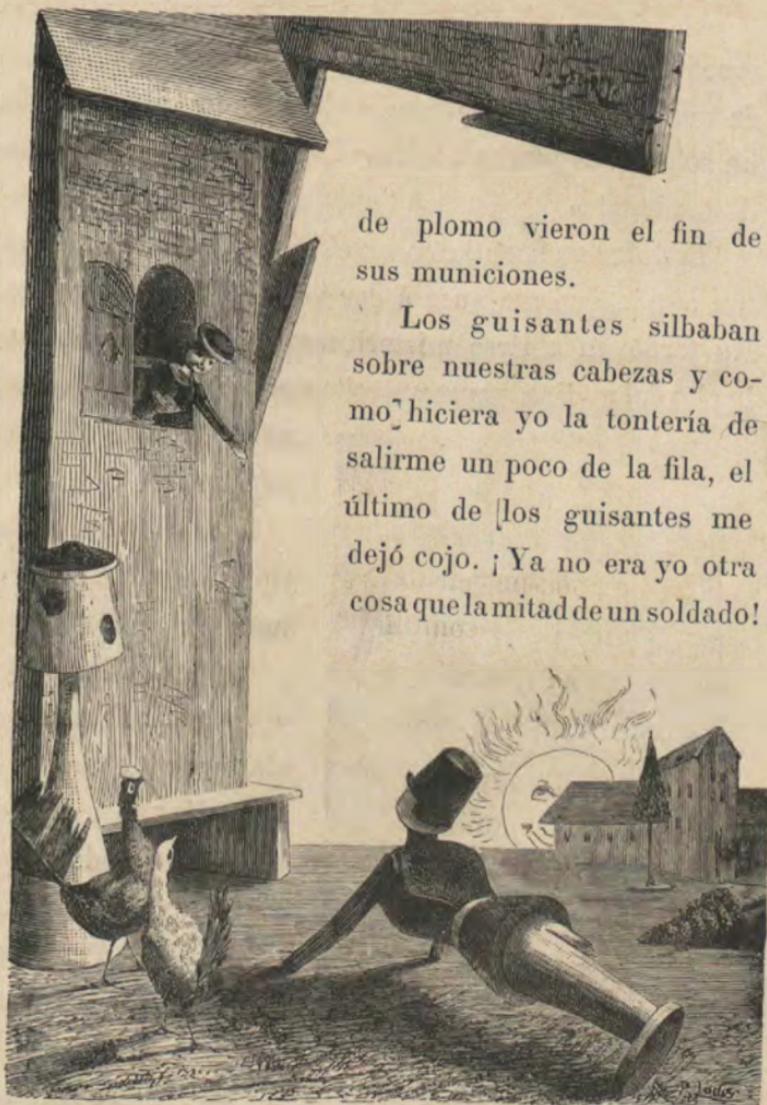
A corta distancia se encontraba un molino, precioso molinó con sus aspas rosadas y azules. El comandante ordenó que tomáramos aquella posición y la ocupásemos, pues una vez allí estaríamos al abrigo del cañoneo. Por supuesto, obedecimos inmediatamente.

Nosotros no teníamos artillería, y francamente, los pícaros guisantes eran para nuestros oídos una música que no nos agradaba.

« ¡ Al molino ! »

Con efecto, á paso de carga nos precipitamos adelante, siempre como un solo hombre. Naturalmente el enemigo apuntó al molinó; pero este era sólido y en breve los soldaditos





de plomo vieron el fin de sus municiones.

Los guisantes silbaban sobre nuestras cabezas y como hiciera yo la tontería de salirme un poco de la fila, el último de [los guisantes me dejó cojo. ¡ Ya no era yo otra cosa que la mitad de un soldado!

« ¡Ay, ay, ay! exclamabayo, nada de esto me habria sucedido sin esta maldita contienda entre los soldaditos de madera y los de plomo. ¡ Como si al cabo y al fin un soldado de plomo no fuese lo mismo que un soldado de madera! »

El dolor que sentia yo en el corte de mi pierna era tan agudo que me puse á dar voces pidiendo socorro. No tardó en abrirse misteriosamente una ventana en lo alto del molino, y una vocecita suave que no podia serlo

más, me dirigió estas palabras :

« Lindo soldadito, ¿qué haces ahí por el suelo? »

Yo levanté los ojos y vi una cabecita rubia que se sonreía.

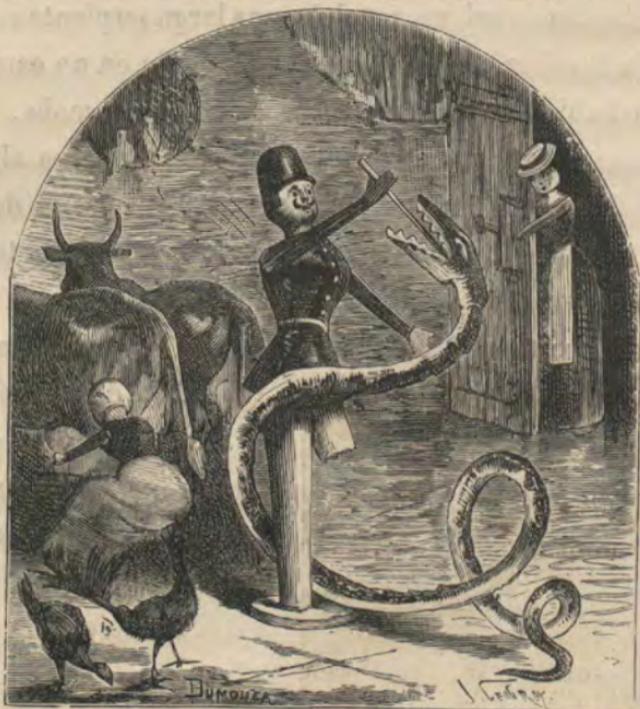
« Hermosa jóven, la dije con toda la galantería propia del soldado frances, una bala de cañon me ha cortado la pierna.

— Lindo soldadito,



me respondió ; te daré otra de oro reluciente si haces lo que te mando. Empuja la puerta y entra. »

Yo me arrastré como pude hasta la puerta y entré cojeando en el molino.



Entónces se llegó á mi una personita muy graciosa, lozana como una mañana de primavera, que me dijo :

« A mí me gustan mucho los soldaditos tan monos como tú ; ¿ eres valiente ? »

— Lo soy para servir á la patria y á las damas, la contesté.

— Bien. Pues en ese caso toma tu sable y librame de esa maldita serpiente que de día y de noche me persigue. »

Y hablando así, me señalaba una larga serpiente verde arrollada sobre sí misma medio escondida en un establo donde habia dos grandes vacas de color de caoba.

El más valiente no puede ménos de turbarse algun tanto á la vista de semejante monstruo; pero el deseo de agradar á la hermosa persona se hizo superior á todo.

Desenvainé mi sable y maté á la serpiente.

« No es todo aún, me dijo entónces llorando la in-

teresa desconocida; si quieres complacerme tienes que librame de ese enorme leon que me mira con ojos tamaños. »

Volví la cabeza y en efecto, vi que chispeaban en el fondo de unas melenas rojas las feroces pupilas de un leon.

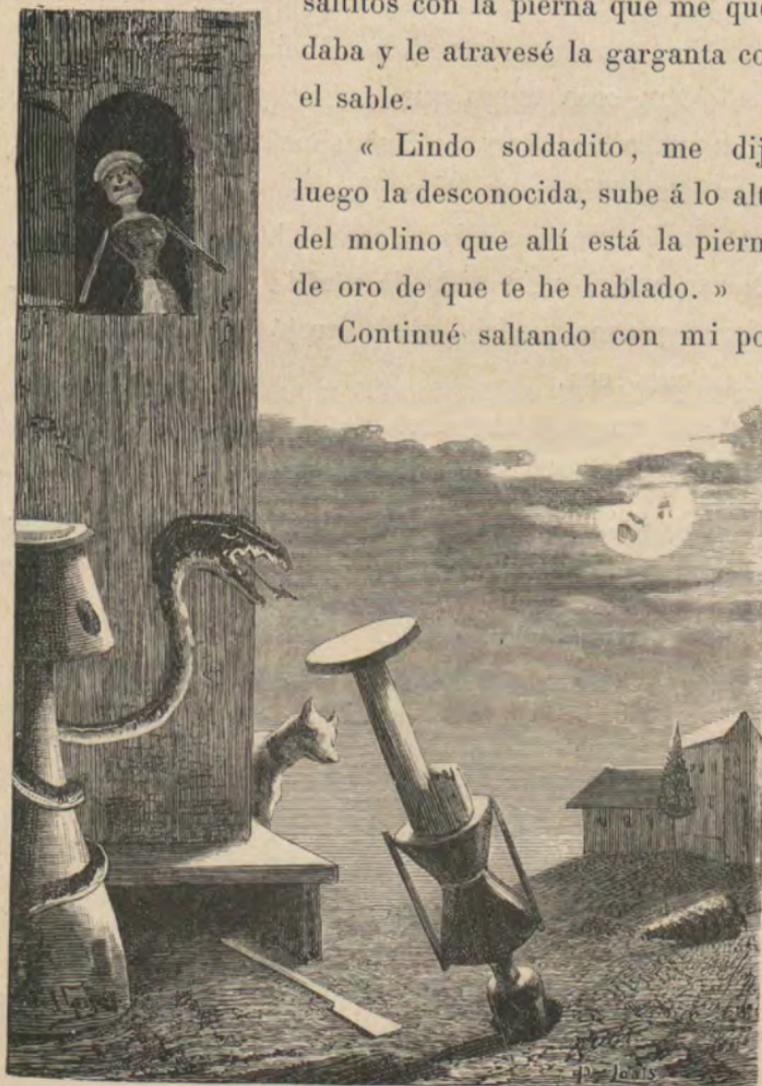
En derechura me fuí al animal, dando



saltitos con la pierna que me quedaba y le atravesé la garganta con el sable.

« Lindo soldadito, me dijo luego la desconocida, sube á lo alto del molino que allí está la pierna de oro de que te he hablado. »

Continué saltando con mi po-



bre pierna y cuando llegué á la ventana donde ántes habia visto asomar la rosada cabecita, ella me dijo :

« Otra cosa tengo que pedirte y será la última. Mira por la ventana y me dirás si no descubres ninguna otra fiera en derredor del molino. »

Hice lo que me pedia y cuando iba á volverme para decirla que no veia nada, la pérfida me agarró por la pierna que me quedaba y me arrojó al vacío riéndose como una loca.

Sentí un golpe muy fuerte en la cabeza que me hizo dar un grito de todos los demonios.

Sólo entónces caí en la cuenta. Con la mayor satisfaccion pude observar que lo que habia tomado por



realidad era un sueño. Me habia dormido apaciblemente en el fondo de mi caja, con mis compañeros tendidos á mi lado en buen orden y la primera luz del dia que entraba por los resquicios de la puerta de la tienda, alumbraba una caja de soldaditos de plomo, no ménos bien dormidos que yo mismo.

De modo que no era verdad ; los soldaditos de plomo no estaban en guerra con los de madera y yo no habia perdido una pierna en la batalla !

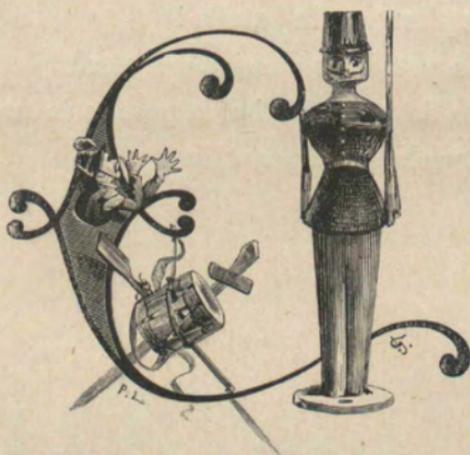
La pelea y todo lo demas era el simple sueño de un soldadito de palo que habia pasado la noche entregado á una prolongada pesadilla.

II

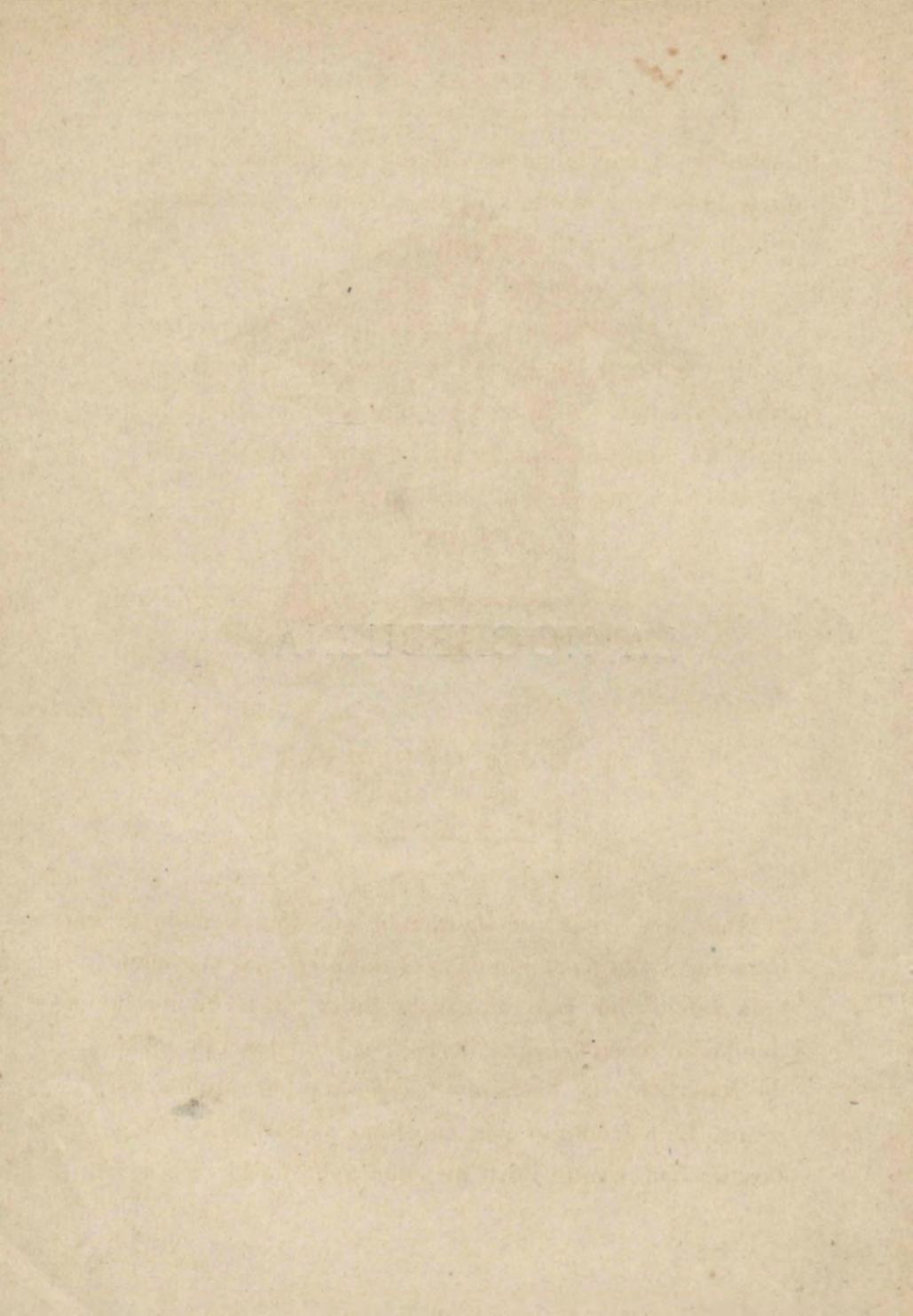
Y el soldadito de madera, viejo ya en la época en que contaba esta historia, añadió :

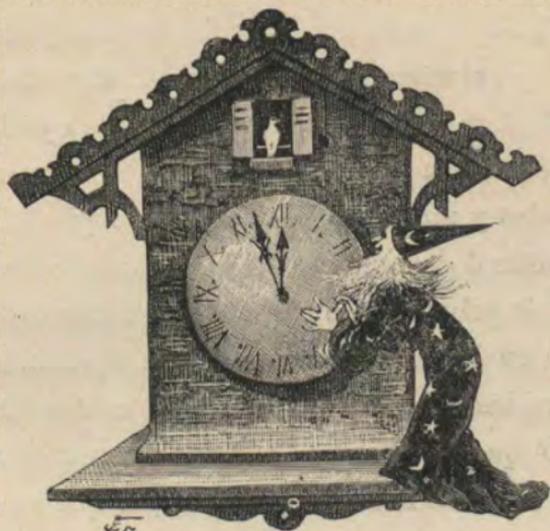
« Por aquel entónces guerreaban unos hombres que llamaban Turcos y otros que llamaban Rusos, sin que supiera yo por qué les daban esos nombres. Ahora bien, justamente la víspera por la noche, el vendedor

de juguetes habia leido el periódico á su mujer y las peripecias de las batallas habian turbado mi cerebro. Aun en sueños me parece locura el creer que se hagan los soldaditos de plomo ó de madera más que para divertir á los niños juiciosos. »



LA NOCHEBUENA





LA NOCHEBUENA

Dos días hacia que la tienda se había llenado de juguetes. Cada paso que daba el minuterero por la esmaltada esfera del reloj colocado junto al techo de la tienda, acercaba la gran colección de juguetes á la noche de Natividad, la fiesta de las fiestas para todos los niños. El astrónomo con cabellera y barbas de hilos deshilachados, que lleva un cucurucho en la cabeza y

cuya túnica está sembrada de medias lunas de plata, había calculado ya el número de veces que el cuquillo se asomaría aún á su nido, y entónces por fin se oyó la hora.

Con efecto, la coleccion de soldaditos, arlequines, polichinelas y muñecas hermosas como pimpollos, no se encuentra á gusto almacenada en los escaparates; el diablo más peludo y feo piensa en el fondo de su caja negruzca en las manitas rosadas que apretarán el resorte para hacerle salir al aire libre, y no hay títere por miserable que sea que no ambicione ver cuanto ántes la sonrisa en esas bocas de diez años con que es acogido al salir de la tienda.

Bajo este concepto reinaba una emocion indescrip-
tible en la tienda de Cabarus: la madera de los juguetes, insensible al parecer, crujía de impaciencia; los azulados ojos de las muñecas giraban bajo la sombra de los párpados; el hilo que hacía bailar á Polichinela se enredaba en sus articulaciones; los caballos agitaban la cola como si fuesen á emprender el trote y había trenes de viajeros remolcados por máquinas con fuerza para dar tres veces la vuelta á un cuarto que anunciaban ya el ruido de la marcha lo mismo que en el instante del movimiento.

Cada vez que una criatura acercaba al escaparate

su rubia cabeza, se producía una oscilación general, moviéndose todos los brazos y todas las piernas; Arlequin hacía muecas tan cómicas bajo su careta que los



perrillos de carton se reían en vez de ladrar; las muñecas, chicas y grandes, vestidas con muselina ó con encaje, hacían reverencias, los soldados presentaban las armas y los cañones cargados de guisantes estaban á punto de disparar ellos solos.

Y era porque la sonrisa infantil es el verdadero rayo de sol para los juguetes y que para ellos se abre el paraíso, cuando las manitas torneadas, bien calientes porque salen de los manguitos, se cierran y se los llevan.

No se crea que los juguetes son simples pedacillos de madera ó de carton hábilmente pegados y pintados de bonitos colores; no, los juguetes tienen su vida propia y no impunemente les da el artifice las formas de la criatura humana.

De los juguetes se puede decir lo que se dice de los hombres, que unos son buenos y otros malos, segun podia verse en la hora á que nos referimos, dentro de la tienda de Cabarus.

Los bizarros militares de pantalon encarnado tomaban actitudes fieras; con la mano en el puño del sable miraban fijamente á los juegos de condicion inferior que los rodeaban y se conocia que los despreciaban; no podian sufrir aquel contacto con aguadores, carboneros y postillones, raza trabajadora cuyo sombrío aspecto denunciaba su mezquina existencia.

Estos, en su mayor parte, eran juguetes baratos, hechos con los restos de las maderas que habian servido para hacer los juguetes finos. No era raro ver que les asomaban cabezas de clavos por la nuca, en la rodilla ó en otra parte del cuerpo, y la cola habia dejado chorreras en sus junturas como las que deja la resina en los troncos de los árboles.

Naturalmente carecian de orgullo y como pobres

diablos que conocen la humildad de su origen, apenas se atrevían á levantar los ojos para mirar á los atrevidos soldados.

No aspiraban más que al horizonte del pobre; no pedían que los arrastraran por encima de muebles de terciopelo; les bastaba que un chiquillo cualquiera de manos rugosas y de pelos despeinados los sacara pronto de la tienda.

No diremos lo mismo de los bonitos grooms con calzon de piel que ostentaban vanidosamente una escapela en su sombrero, y parecían contemplarse en la reluciente pintura de sus botas, pues por el contrario estaban bien convencidos de que se contaban en el número de los elegidos de la creacion y soportaban osadamente las miradas de los valerosos militares.

¿No es esto lo que pasa en el mundo? El que se roza con los grandes se cree grande también, y aún cuando en realidad sea un humilde esclavo, llega á considerarse superior á lo restante de la tierra.

A la verdad los grooms sólo respetaban á los caballeros y las señoras que sacaban á pasear en coche; sin contar con que en el desempeño de sus funciones llevaban tan erguida la cabeza que ellos parecían los amos de las personas que ocupaban el interior del carruaje.

Seguramente lo ménos que desean es figurar en una hermosa sala colgada de terciopelo donde recibirian las caricias más delicadas por parte de condes y marquesitos de ocho ó diez años.

Cada juguete adolece tambien de los defectos que tiene el hombre á quien se asemeja : el gendarme echa miradas feroces por todos los rincones de la tienda, como si no hubiera en el mundo más que ladrones y asesinos ; el pastelero lame con la punta de la lengua el dulce de la torta que lleva al parroquiano ; la lechera mira de reojo para ver si la observan cuando aumenta con agua clara la cantidad de su mercancía ; finalmente el cocinero con su delantal blanco delante de sus hornillos parece escoger y reservarse para sí los mejores bocados.

Toda esta gentecilla, rebosa astucia.

Un poco más allá Polichinela se rie sin cesar, segun costumbre ; desde que está en el mundo y quizas se figura que existia él ántes que el primer hombre, se consuela de las desgracias terrestres siendo feliz á su modo. Su joroba repleta de malicias es como un escudo que le pone á salvo de los choques ; se asemeja á un árbol cuyas flores serian vicios y todos sus vicios son de los que comienzan por hacer dichosos á los necios y á los malvados que se abandonan á ellos, aún cuando esa

felicidad no sea nunca larga. Es gloton, sensual, aficionado al poder, enemigo de los débiles y muy escéptico. La profunda cicatriz que surca la mitad de su semblante, denota con evidencia su serenidad y su egoísmo.

A su lado está el diablo hecho hombre, el espíritu diurno y nocturno, Arlequin, el Fígaro de los Funám-bulos dirigiendo sus sempiternas ojeadas á la linda Colombina muy hueca dentro de su falda con cuadritos encarnados y negros. Colombina entreabre en una sonrisa su linda boca fresca como una frambuesa y la claridad de su blanca dentadura da ganas de cantar á los gallos posados en un fuelle, que la toman por el resplandor de la primera luz del día.

No cabe duda que Colombina es una personita guapísima : nada tan picaresco como sus ojillos de gorrion que asoman por los agujeros de su media careta, y sin embargo no son de esta opinion las remilgadas muñecas con cabeza de porcelana, ántes se burlan de ella porque la encuentran comun vestida con su traje navalesco. ¿Por qué no gasta raso y encajes como ellas? ¿Por qué no viste á la moda del día? Y miéntras dicen todo esto se miran en los espejitos de marco dorado ladeando la cabeza y guiñando los ojos.

Su desden es incomparable por todo lo que no

ostenta el lujo que ellas usan y nada las incomoda tanto como el que las llamen muñecas, pues aspiran á la categoría de señoras y señoritas y así las han de llamar sus doncellas, otras figurillas no ménos graciosas que se sonrien un poco más léjos con su papalina de cintas sueltas y las manos en los bolsillos.

Hasta el nene más chiquitin fajado en encajes quiere que se le trate con particulares miramientos; sus rosadas carnes relucen como una flor bajo las blancas envolturas y aunque es un rapazuelo dice ya papá y mamá con un tono de autoridad muy propio para sofocar el monótono crujido de las miserables muñecas que sólo tienen un fuelle en el pecho.

Bien hizo Cabarus en rellenar con algodón en ramá ese suntuoso rincón de su tienda, pues sale de ahí como una mezcla de olores de vainilla, espliego y almizcle y hasta las cajas despiden aromas.

Júzguese si las ojeadas de los militares de madera no se suavizarán, cuando el vientecillo que produce el aspa del molino harinero les lleva esos perfumes; lástima es que su mano esté clavada en su sable pues seguramente se la llevarian al corazón, ó con las puntas de los dedos enviarian á esas reinas de las hermosas expresivos saludos.

Tan delicada son que despiertan el apetito ; parecen productos de la confitería más refinada, tal es la lozanía de su cútis ; las mejillas tienen el lustre de la cereza acaramelada, la fresa es ménos purpurina que su boquita ; son como unas natillas de deliciosas mujercitas propias para ser comidas con cuchara. Finísimas batistas rodean como un vapor sus torneados miembros, cuya piel—una piel rosada con un graneado casi natural — cede bajo los dedos ; sus pantalones rematan con lujoso encaje y sus medias están sujetas con ligas azules de cierre de oro.

Cada una de ellas tiene un ajuar completísimo, lleno de sedas y terciopelos, con los sombreros correspondientes ; y se ven allí desde el blanco aderezo de la novia cuajado de flor de azahar, hasta el vestido de viaje, de visita, de recepcion y de teatro. No se ocupan más que de sus galas, y ninguna otra cosa más deliciosa llena sus frívolos cerebros. Ni por asomos serán estas de las que se están en casa cuidando á sus hijos ; los bailes, los saraos y los conciertos harán de sus dias y de sus noches como una existencia á grande orquesta de la que por fin saldrán desgraciadamente habiendo perdido sus ilusiones. Entónces se acordarán de las caricias infantiles y pensarán con dolor que las robustas nodrizas

que á su lado llevan en brazos hermosas criaturas cubiertas de encajes son las que han recibido el primer beso y la primera sonrisa de sus hijos. Pero miéntas llega esta hora fatal se adornan á porfia y su única preocupacion es la de vestir á la última moda. No hay duda que la flor de su belleza se agostará andando el tiempo, pero el porvenir las importa poco, lo que quieren es lucirse en el presente y lo logran.

Tales eran las muñecas de Cabarus : pasaban el tiempo mirándose unas á otras y miéntas tanto se dibujaban en sus rosados labios unas sonrisitas agudas como dardos de víbora y cada una tenia algo que murmurar de su vecina, aunque al parecer reinaba entre ellas el afecto más cariñoso.

En alta voz se mofaban de los carritos tirados por caballos y por asnos, de los ómnibus de hojalata y de los coches vulgáres numerados en las portezuelas ; todo esto lo miraban con desprecio y sus aspiraciones se dirigian hácia las carrozas con tiros de briosos caballos, hácia los alazanes montados por amazonas, los tílburis y los faetones como si su vanidosa importancia no hubiera podido aceptar otra cosa. Aquellas locas cabezas no pensaban que los niños de los pobres se vuelven locos de alegría con los objetos que merecian sus burlas.

Astros de la moda de un día formaban entre sí un mundo aparte, objeto de las admiraciones de todo lo que carecía de sentido comun en la tienda de Cabarus. Algunas aldeanitas con zagalejo listado, mucho más bonitas en verdad que las reinas de la elegancia, las contemplaban sin embargo con mucha envidia; el almirante inglés montado en su caballo tan colorado como su uniforme, no podía apartar sus ojos de sus esmaltadas mejillas y un saboyano diminuto se había caído de lo alto de un tejado en su afán de mirarlas de cerca.

Cabarus había puesto á su lado un leon de formidable y rizada melena que parecia estar allí para defenderlas de toda empresa osada. El leon abria una boca que daba miedo y cada vez que apretaban su fuelle lanzaba un estornudo.

Pero Cabarus tenia muy mala idea de sus juguetitos á quince sueldos, pues ninguno de ellos habria faltado al respeto á las rubias divinidades que hacian el mejor ornato de su tienda y con ese buen corazon que les ha tocado en suerte á los pobres, aldeanas y campesinos, aguadores y pastores celebraban cándidamente las alabanzas que no merecian.

De repente cantó un gallo con una voz muy clara, un precioso gallo de porcelana engalanado con primo-



rosos colores y que tenia en la cola una pluma natural.

Inmediatamente se abrió la puertecilla que se veia en lo alto del reloj y apareció el cuquillo que dió las seis campanadas de la mañana de Natividad.

Cabarus abrió la tienda y empezó a entrar gente.

Pero ¡ay! sólo los pobres tienen costum-

bre de madrugar tanto y las personas que entraban con la nariz roja, las caras rugosas y las manos llenas

de grietas, no pertenecian seguramente á las altas clases sociales.

Tal fué la reflexion que se hicieron las orgullosas muñecas y apartaban los ojos con desprecio cuando algun anciano ó anciana las contemplaba ; pero en cambio los labriegos, los soldaditos de hojalata, los mayores de las diligencias, los pastores y las aldeanas, les hacian una recepcion muy afectuosa. Todos estos personajes de humilde esfera se sonrojaban y se estremecian de júbilo pensando que iban á encontrarse cara á cara con la sonrisa de una criatura regocijada.

En ménos de dos horas casi se vació la tienda de Cabarus ; la gente pobre se arrebató en un instante todos los objetos de quince sueldos. Pero ahora iba á llegar la hora de los ricos y por tanto les llegaria el turno á los bellos carruajes y á las hermosas muñecas.

Con efecto, muy luego se paró un coche á la puerta de la tienda de Cabarus y se apeó una dama con una preciosa niña vestida de terciopelo y de armiño.

Entónces fueron de ver las contorsiones de las muñecas elegantes : orgullosamente plantadas sobre sus piecitos, se confundian en sonrisas, lanzaban miradas irresistibles, temblaban en sus asombrosos vestidos y ponian en juego todas sus seducciones.



CÓPRAME ESE MUÑEQUITO.

Pero la niña compadecida de un pobrecito trapero olvidado en un rincon, pasó por delante de las muñecas sin hacerlas caso y dijo á su madre :

« Cómprame ese muñequito que tiene una traza tan triste; porque de seguro se pondrá muy contento en casa donde estará abrigado y no le faltará nada. »

Jamas las muñecas elegantes habrian podido esperar una afrenta de este calibre.



LA FIESTA
DE SAN NICOLAS



LA FIESTA DE SAN NICOLAS

Tenia yo once años y creia en San Nicolas como en un personaje visible á quien se puede tocar con la mano. Sin duda alguna reinaba cierta oscuridad en mi pensamiento acerca del santo bendito y muchas veces me habia preguntado cómo podia pasar con su asno por la chimenea; mas á pesar de esto mi fe permanecia intacta. Si me hubieran dicho que pasaba por el ojo de una aguja, el hecho me habria parecido extraordi-

nario sin cesar por eso de ser muy natural. En suma, yo profesaba á San Nicolas el cariño más profundo.

Y tenia mis razones para ello.

Todos los años pasaban en la casa paterna durante la noche del 6 de diciembre cosas que no podian olvidarse. La víspera ponía yo en la chimenea mis zapatos y áun algunos cestillos llenos de nabos y de zanahorias, y en la mañana siguiente zapatos y cestos estaban vacíos en el mismo sitio, con un poco de hollin que se habia desprendido de la chimenea; pero la mesa del cuarto estaba llena de soldaditos de plomo, chacós, tambores, una porcion de objetos brillantes relucientes de cola y de barniz, los cuales me anunciaban que habia pasado por allí San Nicolas; y entónces, temblando de piés á cabeza, con los ojos húmedos, me agachaba á gritar por la chimenea: « San Nicolas, muchísimas gracias. »

Todo el año conservaba yo aquella alegría. Pareciame que me quedaba siempre algo del santo en mis juguetes y me acuerdo de un caballo que tuve á los seis años tan apreciado entre todos aquellos obsequios que cada noche debian acostarle conmigo.

Verdad es que aquel caballo se asemejaba al asno de San Nicolas por el grueso de su cabeza y el color de su pelaje y este era el secreto del entrañable amor que

yo le tenia. No le he olvidado nunca. ¡ Cuánto lloré el día en que habiéndole sumergido en un baño para lavarle se deshizo como un terron de azúcar en el agua! ¡ Entónces comprendí que, á semejanza de los hombres, los caballos de carton no están al abrigo de las vicisitudes!

Mi agitacion comenzaba mucho ántes que llegara el mes de diciembre. Todo era encanto para mí y vivia en un prolongado sueño de magníficos juguetes, bellos como la aurora; parecíame que bajaba el paraíso al alcance de mi mano, que no tenia más que levantar el pié para entrar en él, y se me presentaba á la imaginacion como un vasto jardin, lleno de niños, de ángeles resplandecientes que manejaban objetos maravillosos.

Contemplaba yo las tiendas horas enteras, me perdia en sus esplendores, y toda la infinita variedad de los animales pintorreados, los ómnibus encarnados y amarillos lanzados al galope de sus caballos blancos, las cuadras donde un palafrenero con los brazos en el aire espera eternamente el momento de enganchar los polichinelas, el tambor mayor, el diablo dentro de su caja, las sutanas lencaramadas en los elefantes, todo esto me extasiaba, me llevaba al quinto cielo.

Era el período del año en que mejor aprendia yo mis

lecciones ; escribía correctamente, mi conducta no podía ser mejor y hasta descuidaba el comer y el beber pensando en las cosas que me esperaban.

Tenia yo doce años y estaba en la víspera del gran día.

Sólo veinte y cuatro horas me separaban de las espléndidas realidades de la chimenea y de instante á instante aquel espacio de tiempo, tan largo, tan corto, se abreviaba, disminuyendo un siglo por minuto.

Desde por la mañana habia estado yo sumergido en una especie de letargo, fuera del presente, viviendo en la hora futura de los grandes apetitos y de los fabulosos descubrimientos que me esperaban al otro día ; y mi cuerpo dormía de pié, en tanto que mi imaginacion bogaba con alas desplegadas por el mundo de los sueños.

Viéndome en aquel estado el maestro de escuela se enfadó, me preguntó si viajaba por la luna y las risas de los alumnos cubrieron de rubor mis mejillas.

No, ciertamente, no pensaba en la luna ; pensaba en algo más bello, más brillante, brillante como el sol ; pensaba en el casco de un coracero que habia visto relucir en una tienda de juguetes y esto era lo que me deslumbraba.

A veces el candor de los niños recibe la más terrible herida con una sola palabra.

Sorprendido con la observacion del maestro bajé la cabeza y se me cegaron los ojos con la blancura del papel; luego sentí alguna ira y por fin me eché á llorar no sé por qué causa. Lo cierto es que salté del banco, abrí la puerta y perdiendo la cabeza cometí la tontería de lanzarme á la calle.

El frio desapacible del mes de diciembre reinaba en la calle, frio húmedo y triste, tanto que los pisos bajos de las casas ya estaban oscuros ántes de que anoheciera. Había tiendas encendidas. Luego de repente apareció el gas y la ciudad entera se iluminó como en una comedia de magia.

Todo esto pasó en un instante durante mi escapatória y entré en casa como deslumbrado por un chisporroteo no interrumpido de oro, de raso y de juguetes luminosos. De repente miré al cielo y se me figuró que en el crepúsculo se movia una forma extraña: ¿seria San Nicolas?

Y hé aquí que me entró como un arrebató de adoracion por el santo; habria querido arrodillarme, besar al traves del espacio la punta de las orejas de su pollino y del corazon me subian á los labios acentos como de plegaria.

Conté á mi padre que me habia escapado de la es-



cuela lo que me valió una reprimenda, pero más suave de lo que merecía y al cabo obtuve el perdón : no me podía caber duda que San Nicolas había intercedido en mi favor.

Quando llegó la hora puse mis zapatos y mi cesto cargado de verduras delante de la chimenea del dormitorio ; y luego cambiando de idea, porque

andaba verdaderamente trastornado, lo llevé á la chimenea del comedor y á medida que iban pasando las horas, las palpitaciones de mi corazón me hacían temblar en todo mi cuerpo.

Jamás olvidaré la deliciosa inquietud de aquella velada. Con la cabeza apoyada en la mano, viendo á mi padre sentado á uno de los lados de la chimenea, la abuela al otro, la hermana junto á mí, y el perro acurrucado casi en las cenizas, escuchaba yo cómo mugía el viento y chispeaba el carbón y en medio de aquella atmósfera caliente y silenciosa, sentía yo que me sumergía en una especie de letargo nada desagradable.

Dieron las nueve. Mi padre se levantó, nos llevó á la cama, y al cabo de algunos minutos oí el ruido de la puerta de la calle que se cerraba suavemente. Una nube se extendió entonces sobre mis ojos, mis párpados se pegaron y me dormí profundamente.

No sé cuánto tiempo estuve dormido; pero lo cierto es que me pareció muy bulliciosa la casa aquella noche; las escaleras crujían, resonaban los suelos entarimados y abrí los ojos en las tinieblas imaginándome que oía pasos en el cuarto que estaba debajo del mío.

Creo que toda mi vida tendré en los oídos aquel ruido. Salía de la chimenea y se arrastraba lentamente

con solemnidad misteriosa ; me volví á mirar al cielo que se descubria por lo alto de la vidriera y me pareció que las estrellas entraban en la chimenea como el agua en un embudo. Volví á cerrar los ojos y no los abrí de nuevo hasta que fué de día.

Una luz pálida entraba en el cuarto y tan escasa que apenas delineaba los muebles ; por la puerta entreabierta ví en el cuarto contiguo donde dormia mi padre su rostro apacible y adormecido aún.

Le llamé primero muy bajo, luego en voz alta y entonces abrió los ojos.

« Padre, le dije, he oido mucho ruido esta noche ; de seguro San Nicolas ha pasado por casa. »

Mi padre se sonreia vagamente y aparentaba sorpresa. El olor del café vino á anunciarme que se preparaba el desayuno y que se habia levantado la criada.

No pude resistir más : salté de la cama, me vestí á toda prisa y mi padre, mi hermana y yo nos dimos la mano para bajar la escalera.

En el descansillo del piso bajo nos esperaba la anciana Antonia que se juntó con nosotros y todos llegamos delante de la puerta del comedor.

Estaba cerrada.

Grande fué la ansiedad de todos.

Mi padre aplicó el ojo á la cerradura y habiendo declarado que no veia nada, yo miré tambien y tampoco ví nada. Mi corazon daba saltos que habrian podido ahogarme.

Mi padre dió vuelta á la llave y nos encontramos envueltos en un crepúsculo sobre el cual se destacaba confusamente la blancura del mantel que cubria la mesa, y sobre el mantel habia como unas siluetas oscuras.

De repente una mano empujó los postigos que se abrieron.

Fué aquello como una iluminacion repentina. Sin embargo, la luz era escasa aún; flotaban vapores en la calle; pero nuestros ojos penetraban las tinieblas y pasábamos de un juguete á otro, pálidos de emocion, diciendo palabras interrumpidas porque nos cortaba el aliento la alegría, una alegría imponderable.

Mi coracero ostentaba su acero resplandeciente en medio de la mesa, teniendo á sus piés un polichinela matizado como el arco iris, una escopeta, una caja de colores, una porcion de libros con estampas entre muchos platos de almendras y otros dulces, naranjas y *spikelaus* que representaban figuras de pasta negruzca con el rostro, la mitra y el báculo de San Nicolas.



DISTINGUÍ LA FORMA DE UN HERMOSO CABALLO BLANCO.

Por fin la alegría estalló en palabras cuando distinguí junto á la chimenea la forma de un hermoso caballo blanco semejante al que habia perecido á mis manos en el agua. Un torrente de exclamaciones de júbilo salió de mi boca. Los gritos de mi hermanita se mezclaron con los míos y llenaron la casa. ¡ Con qué placer enseñamos los juguetes á la abuela que no tardó en presentarse! Como nuestro padre la abuela fingiéndose sorprendida se restregaba las manos y miraba con estupefaccion todas aquellas cosas. Segun la edad, así era la intensidad del éxtasis que nos embargaba.

« Ahora hijos míos, recoged los cestos para el año próximo, y que la muchacha se lleve los zapatos, » dijo nuestro padre en el momento en que nos llamaban para el desayuno.

Un rayo de sol penetró en el cuarto, se extendió por encima de los juguetes y se alargó hasta la chimenea; y gracias á su clara luz ví yo de repente en el terciopelo de un sillón el polvo de dos pisadas.

« ¡ Padre mio! exclamé señalando aquellas huellas.

— Sí, dijo mi padre, podrán ser las pisadas de San Nicolas. »

Aquel dia me perdonaron la escuela. Al siguiente cuando me sentaba en mi banco embriagado todavía

con las cosas de la víspera, un compañero, ya mayor de edad, me llamó y me dijo :

« Apuesto á que nunca has visto á San Nicolas. »

Yo abrí mucho los ojos al oír tal pregunta.

« ¿ Acaso puede ver nadie á San Nicolas ? » exclamé atónito ; aquel compañero grande y todo como era, me parecía ridículo.

Hubo algunas risas en nuestro derredor y él continuó :

« ¿ De veras no lo has visto nunca ? »

Esta vez respondí con la cabeza y con la voz :

« No.

— Pues bien, yo lo he visto, y más te diré, lo he reconocido. Era mi padre, mi mismísimo padre que para complacerme á mí y á mis hermanas se tomaba el trabajo de hacer el papel del santo bendito ; ¿ y sabes una cosa?... Yo hice como quien no sabe nada para no quitarle el gusto de divertirnos de la misma manera el año siguiente. Haz tú lo mismo, pues supongo que así sucede en tu casa, y no lo perderás. »

Entónces recordé las huellas de polvo en el sillón, la singular sonrisa que contuvo mi padre cuando se las hice notar, y me dije : « ¡ De seguro este año no ha bajado San Nicolas por la chimenea ! » Pero yo también guardé el secreto del descubrimiento que debía á mi compañero

de estudios, y me felicitaba de que mi querido padre hubiese tenido esa misma idea de reemplazar en nuestro beneficio á San Nicolas, cuando el santo bendito no podia venir personalmente.

Me dormí aquella noche muy contento y diciéndome para mí : « Lo cierto es que el pobre San Nicolas no podria presentarse á la vez en tantas casas como le desean. Es bien útil y bien agradable que los papás le reemplacen en una ocasion tan solemne ! »



LA NATIVIDAD

EN LA ALDEA



LA NATIVIDAD

EN LA ALDEA

Figurémonos una de esas humildes tiendecillas de los pueblos estrechas y sombrías, con escaparates de vidrios verde botella, postigos pintados de azul y una puerta por la cual pasa con trabajo una persona robusta.

Junto á los vidrios dos frascos de azúcar piedra y

de caramelos, no léjos de un plato lleno de manzanas encarnadas; y para completar los atractivos, gruesas rebanadas de « pan de especias » adornadas con redondeles de yeso pintado, que formaban montones con una porcion de conchas de las que salian banderines de papel azules y amarillos.

La anciana tendera habia retirado á los rincones las libras de velas de sebo, la pieza de franela encarnada y la fuente de queso medio enmohecido, para que brillaran á la clara luz las golosinas propias de Natividad. Y verdaderamente era suntuosa aquella exposicion en medio de la pobreza de la aldea. Las casas con techumbre de paja á la sazón cubiertas de nieve, parecían atónitas y maravilladas ante aquellos excepcionales esplendores; sus grandes ventanas se abrian como si fueran ojos en el azul sucio de las paredes y reinaba allí una sorpresa general con sus puntas de ambiciones y apetitos.

Es verdad que habia algo más que manzanas, naranjas y dulces en la ventana de la tienda.

Un perro, como no se ha visto otro igual, de un rojo encendido que denotaba el carácter más feroz; un gato negro como la noche con dos rayas amarillas en el lomo que le asemejaban al paño del catafalco en el que ponen

los féretros en la iglesia; un caballo con ruedas, de color de violeta y cuadrado, con una brocha de cerdas de puerco á guisa de cola, verdadero alazan apocalíptico; media docena de muñecas, unas desnudas con brazos y piernas como morcillas, otras vestidas con un pantalon blanco, zagalejo de lana encarnada, delantal de lienzo y corpiño azul galoneado; muchos soldados de plomo y de madera, un par de arlequines y de polichinelas y un pianito de fuelle, hacian allí un conjunto de maravillas que los aldeanos admiraban como cosas que jamas han visto. Era una procesion delante de la tienda. Hasta el alcalde salió de su casa, calzado con zuecos rellenos de paja para verlas muñecas, el caballo y todo lo restante.

Algunos momentos despues llegó el guarda-campestre, que aunque no dijo nada hizo sus reflexiones: el gato le pareció muy negro, el perro poco encarnado y las muñecas vestidas muy á la ligera.

Charló de ello en la taberna aquella noche extasiándose sobre lo bien que hacian ahora las muñecas, pues parecian personas animadas con ojos que estaban hablando. En su tiempo era otra cosa.

Largo rato tuvo con la boca abierta á sus amigos.

Hasta el cura párroco cubriéndose la cabeza con un pañuelo por bajo de su sombrero rapado, recogíendose

la sotana con la mano derecha y ocupada la otra con su caja de rapé, se fué á la tienda dando resoplidos entre la nieve.

El buen sacerdote contempló algunos momentos la exposicion que embelesaba á los niños, hasta que por fin se echó á reir él solo con una risa de buena ley que ponía en movimiento su vientre y su papada.

Pero hizo más : entró en la tienda, felicitó á la Rosa porque habia traído aquella imponderable coleccion de juguetes y la compró un arlequin y una trompetilla para el hijo de su jardinero.

La excelente anciana, con su nariz que casi tocaba á su barba, se restregaba las manos gozosa, sonriendo, porque la llegaba al alma aquella satisfaccion del señor cura, y así fué que le acompañó hasta la puerta cuando se marchó arrastrando por los ladrillos sus relucientes zuecos de madera de donde sobresalian sus delgadas canillas cubiertas con medias negras.

Todoel dia conservó la tendera su sonrisa.

Á las cuatro se oyeron muchos gritos : eran los muchachos que salian de la escuela y saltaban á pié juntillas, con las orejas como un carmin, las manos en los bolsillos y haciendo surcos en la blanca nieve como monitos crispados por el rigor de la temperatura.

La mayor parte de ellos traian la pizarra debajo del brazo con pedazos de cuadernos arrugados y sucios y habia algunos que se divertian en hacer saltar á la espalda sus libros atados con una correa. Con ellos se mezclaban algunas chiquillas, despeinadas y con capuchas, dándose el brazo, muy sérias, las manos al abrigo debajo del delantal y haciendo crujir la nieve con sus zuecos. Toda la partida se aglomeró delante de la tienda.

Ya las tinieblas de la noche habian caido sobre los perros, los gatos, los caballos, las muñecas y demas juguetes. Algunas manchas blanquecinas se extendian vagamente sobre los vidrios sombríos; las formas que se confundian en la oscuridad tomaban aspectos extraños y la curiosidad infantil se llevó con esto un chasco muy solemne.

Mas de repente, Rosa que por economía se habia propuesto no iluminar su muestra hasta que fuese noche cerrada, empujó la puerta vidriera de la pieza que era á la vez su cocina, su dormitorio, etc., y al instante una rojiza claridad atravesó el interior de la tienda y ensanchándose poco á poco como una mancha de aceite fué subiendo á lo largo de la pared hasta el techo dibujando el escuálido busto y los angulosos hombros de la anciana.

Tenia en la mano un velon reluciente como el oro en cuyo mechero ardía chisporroteando una gruesa torcida envuelta en humo negruzco.

Puso el velon en la mesa que servia de mostrador entre los pedazos de tocino, la loza ordinaria, los pilones de azúcar y el tarro de dulce de pera, y desde allí alumbraba toda la tienda con su luz temblona que hacia movibles los objetos, alargando desmesuradamente la nariz de la anciana, y á veces cuando pasaba algo de viento por bajo de la puerta desvencijada, aplañándose y retorciéndose con movimientos de culebra.

Pero los chiquillos no se fijaban más que en los juguetes : con las manos en los bolsillos resoplando, tosiendo, estornudando, azotados por la nieve, se mantenian allí inmóviles, sin pestañear sumergidos en la admiracion más profunda. De tiempo en tiempo uno de ellos decia una palabra, y despues reinaba el silencio nuevamente, miéntras continuaban mirando y pisoteando la nieve. Aquí y acullá resplandecian sus caras redondas alumbradas por los rojizos reflejos del velon.

Finalmente los juguetes daban señales de que reconocian toda su importancia.

El caballo se encabritaba, y su sombra inquieta y loca por momentos se asemejaba ya á una jirafa ya á



SE MANTENIAN INMÓBILES SUMERGIDOS EN LA ADMIRACION. MÁS PROFUNDA.

un buey. El gato huía, se arrastraba, se acurrucaba en los ángulos como si fuera á dar un salto. El perro se dilataba, unas veces parecia en acecho, otras se erizaba como un perro rabioso. De repente se mezclaban todas las siluetas, parecia que las muñecas montaban á caballo, que el perro se tragaba la trompeta, que los soldaditos de madera atacaban al gato negro : un furor general se apoderaba de los juguetes y los enredaba en la más furiosa pelea.

Puedo afirmar que el hermoso caballo de columpio, el polichinela brillante de seda y de oropes, las muñecas con cabeza de cera y con piel de guante en todo el cuerpo no estaban más orgullosos en los escaparates de las lujosas tiendas de la ciudad, que aquella humilde coleccion de juguetes de madera tosca en el fondo de la aldea cubierta de nieve.

El velon proyectaba en su derredor una iluminacion circular y ellos se complacian en la admiracion de aquel grupo de personajes con caritas encarnadas y ojos de color de porcelana, y olvidaban contemplándolos el frio, el hambre, la miseria, el pasado.

Y detras de ellos las casas, los tejados, las ventanas, y detras la noche, la negra noche de la aldea, surcada aquí y acullá por un rastro de luz escarlata que pasaba

por los resquicios de los postigos ó de las puertas, la noche de los campesinos, los admiraba igualmente, como constelaciones inusitadas, como un deslumbramiento que sólo se ve una vez al año.

Petrificados los chicos y las chicas no apartaban los ojos de los juguetes. Mas hé aquí que las madres, con la criatura de pecho en los brazos asomaron al umbral de las puertas y alargando la vista por el nevado camino, comenzaron á gritar :

« ¡Eh! Juanillo! ¡Eh! ¡Periquin! ¡Pablo! ¡Francisco! »

El grupo se rompió como por encanto, y saltando sobre un pié y otro, medio entumecidos, con las narices casi heladas, chicos y chicas corrieron en desórden á la voz enfurruñada de las madres.

Sólo quedaron cinco poseidos en más alto grado de la admiracion que les causaban los juguetes; pero tambien estos volvieron por fin la espalda uno tras otro y el último que no podia desprenderse de la contemplacion del caballo color de violeta, acercó al vidrio la punta de su lengua para lamerle á fin de disminuir un poco el vaho que empañaba el brillo de las cosas.

Cuando este rezagado desapareció tambien, la tienda iluminada se encontró sola en las tinieblas de la noche,

con sombras danzantes de perros, gatos y arlequines.

Entónces salió de las casas el olor de la patata guisada con tocino y un ruido de quijadas que mascaban con furioso apetito, se elevó de las mesas de aldeanos arrimadas á las rústicas chimeneas.

Era la cena á la que se entregaban grandes y pequeños con los dientes afilados por el aire de la campiña. Satisfecho el apetito, se quitan los platos, se lava la mesa con estropajo, y en tanto que los gatos devoran las migajas del festin, las amas de la casa friegan los utensilios.

Se acabó el trabajo cotidiano y esta vez con la promesa de que el dia siguiente se pasará holgando, comiendo y bebiendo. Efectivamente ahí está la fiesta de Navidad que se anuncia con alegres comilonas. Los hombres fuman olvidando por algunas horas sus penosas faenas, el cerdo que no engorda, la vaca que padece cólicos. Y entre tanto las mujeres se bajan las mangas sobre sus brazos desnudos y se van á la tienda donde los juguetes atraen á los ricos y á los pobres.

Es de ver cómo la luz del velon se estira y envia al techo perfiles diabólicos.

Cada vez que entra algúien el viento que penetra en la plaza sopla sobre el velon y modifica el juego de

las sombras. Y Rosa con su eterna sonrisa, meneaba la cabeza sobre sus hombros diciendo no cuando regatean, levanta las manos en el aire y despacha sus mercancías pieza por pieza.

Las compradoras ricas dejan caer en la palma de su mano huesosa una moneda blanca y las otras se desprenden de algunos cuartos gastados y negruzcos, en cambio de los juguetes pues los hay á todos precios.

Una por una desaparecen las muñecas hasta que no quedan más de dos, que nadie se atreve á tocar porque son muy caras. Luego desfilan los soldaditos de madera y los de plomo; la alcaldesa compra una caja y la mujer del guarda campestre se lleva otra. ¡Felices soldaditos! A todos ellos se les figura que de reclutas obtusos han ascendido á sargentos y el cesto en que les llevan les parece más delicioso que una carroza. Los monigotes de « pan de especias » los azúcares, los chocolates han desocupado los platos y las fuentes donde apénas queda un olor de miel y de vainilla. Por fin los compradores se alejan, Rosa cierra la puerta y apaga el velon para no gastar más aceite.

Pero han quedado en la tienda el caballo de madera, el perro y el gato que dan rienda suelta á sus sueños. El gato se cree haciendo run run al lado de una

hermosa lumbre y merendando ratones. El perro se imagina que le han arrojado un hueso succulento en tanto que una bonita mano de niño acaricia su lomo. El caballo deslumbrado se siente con alas y cobra atrevimiento para surcar el espacio. Estos infelices desdeñados por los compradores se complacen en sueños tan lisonjeros como los otros juguetes en el seno de las familias. La víspera de Navidad es Nochebuena para todos; ella los arranca de su frágil y mísera condición de carton y de madera. Inertes y soñolientos no son nada en todo el año; pero á las doce de esta noche solemne se despiertan como si fuesen seres animados.

Dos horas largas hacia que Rosa habia soplado el velon, cuando se oyó el sonido de la campana de la iglesia y las casas se despertaron una tras otra á la claridad de las luces.

El bronce de las campanas cantaba « Aleluya » á la sordina para no despertar á los niños; luego los relojes dieron las doce y aquellos repiques simultáneos subieron por los aires como una palabra de paz y de armonía. Pero nada podria expresar el gozo de aquellos humildes juguetes perdidos en el fondo de la miserable aldea.

Las trompetas poseidas de un loco arrebató de júbilo, lanzaron una nota aguda, prolongada, que mezclada en

el estrépito general, tenía no obstante la suavidad de un sonido de arpa. El gato oprimiendo su fuellé entonó un villancico á su manera. Finalmente, el caballo y el perro gritaron con furor « Aleluya » y este himno de los pedacillos de madera se confundió en medio de la noche con los astros que giraban en el espacio, con el estremeci-



miento de las tinieblas iluminadas por la Cruz, con el sueño de los niños que se revolvían agitados en sus camas.

« ¡Aleluya! ¡Aleluya! »



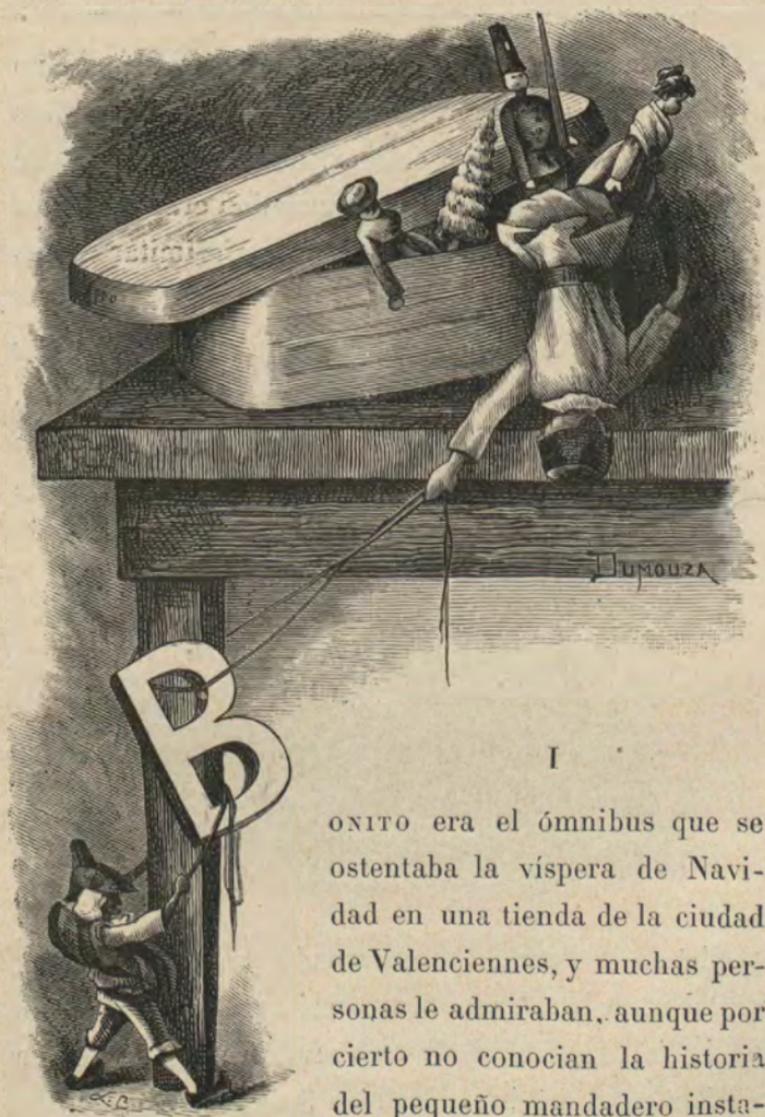
Rosa no oyó nada. Envuelta en sus toscas mantas veía bajar del cielo dos ángeles con alas extendidas y mientras la techumbre de su casa se abría en medio de una claridad deslumbradora, los ángeles se detenían un ins-

tante encima de su tienda y de repente remontaban su vuelo llevándose en las manos el perro, el gato, el caballo y los demás juguetes que no se habían vendido. « No hay nada que sea costoso para los ángeles, se dijo la buena anciana; de seguro me habrán

dejado en la tienda el valor de esos juguetes. » Por fin los ángeles se quedaron inmóviles sobre las casas más pobres de la aldea y Rosa sonriéndose complaciente como cuando se presentó el Sr. cura, los vió que arrojaban por el negro agujero de las chimeneas aquellos hermosos juguetes que brillaban como estrellas en las densas tinieblas de la noche.



AVENTURAS
DE UN MANDADERO



I

ONITO era el ómnibus que se ostentaba la víspera de Navidad en una tienda de la ciudad de Valenciennes, y muchas personas le admiraban, aunque por cierto no conocian la historia del pequeño mandadero instalado en la imperial, con su blusa blanca y una caja de car-

lado en la imperial, con su blusa blanca y una caja de car-

ton sobre sus rodillas. ¡Ah! si el mandadero hubiese sido un principilo, si el fabricante le hubiese hecho de fina porcelana con preciosos colores, no habrian dejado de admirarle; pero el personaje en cuestion era de madera tosca y una pintura muy ordinaria queria imitar en sus carrillos el carmin de la vida.

¡Ay! Todavía no ha llegado el dia en que basta ser hombre para recibir el trato que se merecen los hombres, y durante largo tiempo se verán aún polichinelas de aspecto abigarrado y humildes mandaderos pintados de brocha gorda.



El ómnibus era de un encarnado que tiraba á cereza y estaba tan barnizado que parecia un espejo; barniz que hacia la felicidad de tres muñecas, las cuales se miraban en él moviendo los ojos de color de ágata.

Comprendíase al instante que no estaba hecho aquel

ómnibus para rodar por el lodo y no obstante tenia la misma forma de los ómnibus que corren por el empedrado. Entraban en él los viajeros por una abertura practicada en la parte de detras bajándose un poco para no estropear el sombrero; y en el interior del vehículo se hacian frente dos bancos con almohadones de badana.

No se habia olvidado el estribo en el cual se columpiaba un conductor diminuto asido con una mano á la correa, y tan serio que parecia un general en jefe.

En cambio el cochero tenia un aire bonachon.

No habria podido asegurarse que fuera padre de



familia, pero merecia serlo, por la satisfaccion que se pintaba en su rostro encarnado gracias á los buenos tragos, rostro que con su nariz prominente, redonda, torneada, se posaba holgadamente en el cuello de su carrick, miéntras su mano levantaba muy alto el látigo

como un cochero que sabe llegar á su destino sin tardanza.

Tambien parecia que los caballos estaban en lo mismo. Hay en las caballerizas de las tiendas de juguetes briosos animales; sólo con verlos se comprende que si en vez de ser de palo fuesen de carne y hueso irian más ligeros que las locomotoras. Ahora bien, ninguno de ellos habria podido rivalizar con la pareja del ómnibus colorado. Eran hermosos caballos musculosos y fuertes, de cabeza erguida, con ancas soberbias, ancho cuello, y tordos los dos. Sin duda os figurais que marchaban al trote como lo exigen los reglamentos de la policia; pero en el país de los juguetes no existen tales reglamentos y los caballos á que me refiero iban á escape tendido como los caballos de carreras sin que se conociera que les pesaba el ómnibus al que estaban enganchados.

Eso explica hasta cierto punto la profunda satisfaccion de que se sentian poseidos dos caballeros arrellanados en los bancos con el paraguas entre las rodillas: eran dos empleados que salian de la oficina y cada vuelta que daban las ruedas les acercaba al hogar doméstico donde esperaban la esposa y los hijos. Una señora sentada enfrente de ellos parecia presa de al

más viva inquietud, abría ojos tamaños y estaba pálida como una difunta. Quizas era una solterona que no tenía las razones de los caballeros para desear una pronta llegada y ántes por el contrario parecia echar de ménos la lentitud tradicional de los antiguos vehículos.

II

De veras que no es posible imaginarse la vertiginosa carrera de aquel ómnibus, aunque no se movía del sitio : los caballos devoraban el espacio y en la imperial el mandadero se divertía en ver pasar al galope todas las cosas.

El muchacho no tenía mala traza, con su fino talle, sus ojos y cabello negros y la bondad que se pintaba en su fisonomía. Le eran desconocidos Platon y aristóteles (¡quizas ni siquiera sabia leer!) y sin embargo revelaba cierta expresion filosófica su fisonomía muy inteligente.

Tenía en efecto, la filosofía de la vida que suele encontrarse entre los humildes, pues por lo regular esa filosofía es su única fortuna.

Esquinazo, que así se llamaba nuestro mandadero, estaba contento con su suerte. Vivía feliz al aire libre esperando recados en la esquina de la calle: las bellas damas que arrastraban por la acera sus volantes de encaje, los guapos militares que relucían al sol, los preciosos niños que se sonríen siempre, los arlequines y las muñecas de teatro, toda la animación de la vía pública aumentaba su alegría natural y no parecía desear otra cosa que asistir en buena salud á esa comedia perpetua hasta el último instante de su vida.



Verosíblemente le habrían llevado hasta el fin del mundo los caballos del ómnibus, si un suceso extraordinario no le hubiese hecho apearse con sobrada rapidez del alto puesto que ocupaba.

Esquinazo que dirigia sus miradas á todas partes, descubrió de repente en medio de la multitud una maravilla de hermosura.

Al principio la vió de perfil en el hueco de un peloton de soldados de madera dispuestos en abanico sobre un triángulo pintado de color rojo. Eran valerosos soldaditos con pantalon encarnado, marchando tan resueltos que seguramente habrian ganado la batalla, si los enemigos formados un poco más léjos, á caballo y bien armados, no hubiesen mostrado una resolucion no ménos contundente.

Esquinazo se inclinó para ver mejor la maravilla ; pero las gorras de pelo de los soldados extendian delante de él una linea negra y sólo podia descubrir la frente, la nariz y los ojos.

Entónces se inclinó más todavia. Desgraciadamente la barandilla de la imperial del ómnibus era un simple enrejado muy bajo, y sucedió que el imprudente mandadero dió de hocicos en la calle.

El susto no fué mediano. Una señorita sentimental que estaba en su tocador, cayó desmayada, y otra que cerraba los ojos cuando la estaban acostando, los abrió tan desmesuradamente que no pudo volver á cerrarlos

nunca. Honra mucho este exceso de sensibilidad á las dos señoritas, pues generalmente las muñecas bonitas no son muy sensibles; toda su atencion la concentran en sí mismas y la desgracia de los pobres no las aflige en lo más mínimo.

Aquí no fué así, aunque Fígaro el charlatan que á la sazón estaba afeitando á un parroquiano sostuviera que las dos niñas en cuestión eran unas coquetas muy conocidas en el barrio por sus tonterías. Yo lo ignoro: lo que sé es que ese diablo de Fígaro tiene muy mala lengua en todos los países del mundo.

III

Esquinazo se dió tal golpe que se habria podido quedar en el sitio. Aquella misma mañana se cayó un tambor mayor y murió en el acto, si bien es de advertir que era de carton y rodó del estante más alto hasta el suelo de la tienda.

Nadie lloró su muerte porque era muy vanidoso y no desperdiciaba ninguna ocasion de hacer dar vueltas á su baston causando siempre muchos estropiezos.

En realidad el dolor que sintió Esquinazo fué muy leve : no tenia nada en la cabeza, en las piernas ni en los brazos y todo se reducía á una torcedura en el pié, de modo que prontamente se habría mostrado tan sano y bueno como ántes, si un señor provisto de grandes anteojos y de grave catadura no se hubiese empeñado en llevarle á casa del médico que vivía allí cerca.



« Pero si no tengo nada, decia Esquinazo.

— Bien, bien, ya lo veremos, respondia el señor con voz muy hueca. La caída no ha podido ménos de haceros daño. Y áun suponiendo que no haya daño, lo cierto es que habeis caido, esto no puede negarse, y el que se cae se hace daño. »

Otro señor no ménos robusto que el que llevaba la palabra, acertó á pasar por delante de la tienda y vió al majestuoso personaje de los anteojos.

Sin duda alguna le conocia pues se sonrió y dijo :
« ¡ Calla ! ¡ Es el Sr. Bonachon ! »



Metieron al pobre Esquinazo en un carretoncillo no obstante sus protestas y al cabo de breves instantes se

encontró en presencia del facultativo que era astrólogo y por tanto muy afamado en aquel tiempo en que se confundían la astrología y la medicina.

El personaje era singular, gracias á su mezclanza de diablo y de hombre: por su barba muy larga y recia como cerdas, por sus ojos redondos que movía con furor y por el largo del cuello, se asemejaba al diablillo que asusta á los chicos cuando sale de repente de su caja. Llevaba en la cabeza un gorro alto y puntiagudo sembrado de estrellas de oro y su ropaje largo y negro tenía también una porción de soles de oro.

Este hombre tan notable se hallaba al borde de un pozo en cuyo fondo se veía relucir un pedazo de papel azul que era el cielo, y el cuerpo del hombre se componía de dos partes, de las cuales la superior se levantaba y se bajaba. Cada cinco minutos se inclinaba sobre el pozo y contemplaba en el fondo el brillo de la luz de las estrellas; quizás, como insinuó un vecino, se divertía en hacer redondeles en el agua.

Esquinazo temió que el extraordinario facultativo le viera más enfermo de lo que estaba. Era muy natural que le inspirase recelos un hombre cuyo cerebro debía estar lleno de nombres de enfermedades, y pronto comprenderá el lector que no andaba descaminado en sus temores.



« EL MAL ESTÁ EN LA CABEZA, HABRÁ QUE CORTÁRSELA. »

El doctor le examinó al soslayo sin dignarse volver la cabeza, lo que le habria sido difícil porque tenia un tornillo que la sujetaba á su cuello. A la primera ojeada exclamó gravemente :

« El mal está en la cabeza, habrá que cortársela y despues se la pegaremos. »

¡ Cómo ! ¡ Quería cortar una cabeza tan bien adherida al cuello para pegarla luego con cola !

Esquinazo protestó enérgicamente. Hasta trató de menear la cabeza para probar que se hallaba intacta ; pero la demostracion no tuvo efecto, pues la cabeza no se movió á pesar de todos los esfuerzos que hizo para moverla. Entónces comprendió que estaba perdido.

No podia ser ménos : el doctor tenia mucha fama en la ciudad, le escuchaban como á un oráculo y seguramente habia enviado más personas al otro mundo que estrellas habia visto en toda su vida en el fondo del pozo.

En cuanto dió á conocer su opinion el temible facultativo, várias almas compasivas se apoderaron del mandadero y quisieron salvarle de la muerte á toda costa cortándole el pescuezo en conformidad á lo que el astrólogo habia dicho.

Pero Esquinazo era un muchacho ágil, se defendia

agitando los brazos que parecían aspas de un molino de viento y ya iban á llamar al gendarme para que le sujetara, cuando de repente á su violenta agitacion sucedió una inmovilidad completa.

IV

Sí, ahora estaba inmóvil como el cuquillo detras de la puertecilla que sólo se abre cada hora y ciertamente habia visto alguna cosa que le habia petrificado.

Lo cierto es que su asombro se justificaba. Tenia delante de sí los ojos más hermosos del mundo, claros como la luz del día, de una suavidad incomparable; y unas mejillas frescas y rosadas, una boca purpurina como la cereza y una naricilla arremangada graciosamente, acababan de hacer que aquellos ojos pareciesen más extraordinarios todavía.

Aquel precioso semblante pertenecía á la jóven maravilla que habia vislumbrado por detras de las gorras de pelo de los soldaditos; pero ahora ninguna sombra ocultaba su belleza y se ofrecia como el sol ó la luna



en persona
á los ojos
completa-
mente deslumbrados del man-
dadero.

Habia llegado poquito á po-
co y mirando al infeliz condenado por el médico del
modo que hemos dicho, sintió hácia él un vivo interes.

Y entre tanto Esquinazo continuaba contemplándola
á ella, mudo, con los ojos muy abiertos y olvidándolo
todo en el éxtasis que le causaba tan hechicera persona.
Vestia el ropaje mágico sembrado de estrellas; pero
todas sus estrellas juntas no brillaban tanto como una
sola de sus sonrisas. Por lo ménos así le parecía á
Esquinazo.



Al punto que se presentó circuló un gran rumor en los grupos y el mandadero oyó repetir su nombre. Llamábase Maravilla y era hija del anciano astrólogo. No en balde tenía unos ojos tan magníficos; al momento notó la impresión que producía en Esquinazo y le dió las gracias acudiendo en su auxilio.

« Quiero que ese mozo sea mi criado, dijo al sabio doctor. »

Inmediatamente el astrólogo hizo seña para que dejaran libre al pobre mandadero, que así pudo conversar á sus anchas con Maravilla.

¡Qué bien la cuadraba su nombre! Era maravillosa en todo y por todo; y seguramente las armonías de las cajas de música no podían compararse con el encanto de su voz. Sólo con mirarla se sentía el placer que se experimenta cuando se come una rica fruta y Esquinazo tuvo que contenerse mucho para no abrazarla, tal era el amor que ya la tenía.

Quiso saber lo que le había sucedido, y él la contó su paseo en lo alto del ómnibus, la vision que le había deslumbrado, el acto imprudente que cometió inclinándose para verla bien, y su caída. Mientras hablaba se animaban más y más los ojos de Maravilla que seguramente habrían derramado lágrimas si no hubiesen sido de vidrio.

« ¿Cómo te llamas? le preguntó ella.

— Esquinazo.

— Pues has de saber Esquinazo, que yo soy muy desgraciada. »

Preguntó él por qué; y entonces ella le dijo que el viejo astrólogo no era su padre, sino que la había encontrado en el fondo del pozo una mañana, que la había educado y pensaba casarla con un millonario para hacerse rico él.

Ahora bien, el esposo elegido era un horrible per-



sonaje acurrucado siempre en la misma postura, tan avaro que por economía no tenia brazos ni piernas; si bien afirmaban que la bola en que se sentaba era un arca atestada de monedas de oro.

La riqueza la importaba á ella un comino; pues despreciaba soberanamente el dinero y no podia comprender que se pasara la vida con un hombre, sólo porque era

rico cuando carecia de bondad y de hermosura; y diciendo todo esto miraba muchísimo á Esquinazo que se conocia era de su gusto.

Si el hombre de la bola hubiese tenido los dulces ojos del mandadero, su aspecto agraciado y alegre, ciertamente no habria protestado Maravilla.

Entrambos jóvenes estaban de pié mirándose de frente, ruborizados, conmovidos, trémulos, y cuanto



más se miraban más á su gusto se encontraban mutuamente.

En su derredor habia carneros que con sus cencerros les hacian una música pastoril, y la sombra de las virutas rizadas imitando el follaje sobre el tronco de los árboles, les cubria con su frescura y su misterio. Un fuelle de hornillo que colgaba de un clavo les refrescaba con una brisa ligera y de repente á lo léjos suspiró una flauta. No se necesitaba más para completar la obra del acaso. Los jóvenes se prometieron que se unirían en santo matrimonio ó que nunca se casarian.

Sobre esto resonó la voz del doctor que llamaba á Maravilla. Era porque estaba allí el hombre de la bola y Esquinazo le oyó murmurar entre dientes queriendo ser amable :

« Maravilla, habia pensado traerte regalos tan espléndidos que tu hermosura habria parecido pálida á su lado. Pero despues de haberlo reflexionado bien te traigo algo mejor : te traigo mi corazon. »

Esquinazo vió claramente y con gran placer, la mueca desdeñosa de Maravilla al oír estas palabras, y su corazon se regocijó hasta un punto indecible.

Sin embargo, estuvo á punto de perder la razon cuando oyó al maldito astrólogo que la maltrataba de

palabra y la amenazaba con terribles suplicios, porque se negaba rotundamente á casarse con el hombre de la bola.

« No, no, no; gritaba ella con todas sus fuerzas. »

Y echó á correr con la ligereza de una ardilla.

El hombre de la bola hizo un gran esfuerzo para perseguirla, pero sólo consiguió columpiarse trescientas setenta y ocho veces de adelante á atrás sin poder detenerse, miéntras el astrólogo se puso tan iracundo que perdió el equilibrio y se hundió en el pozo hasta la mitad del cuerpo.

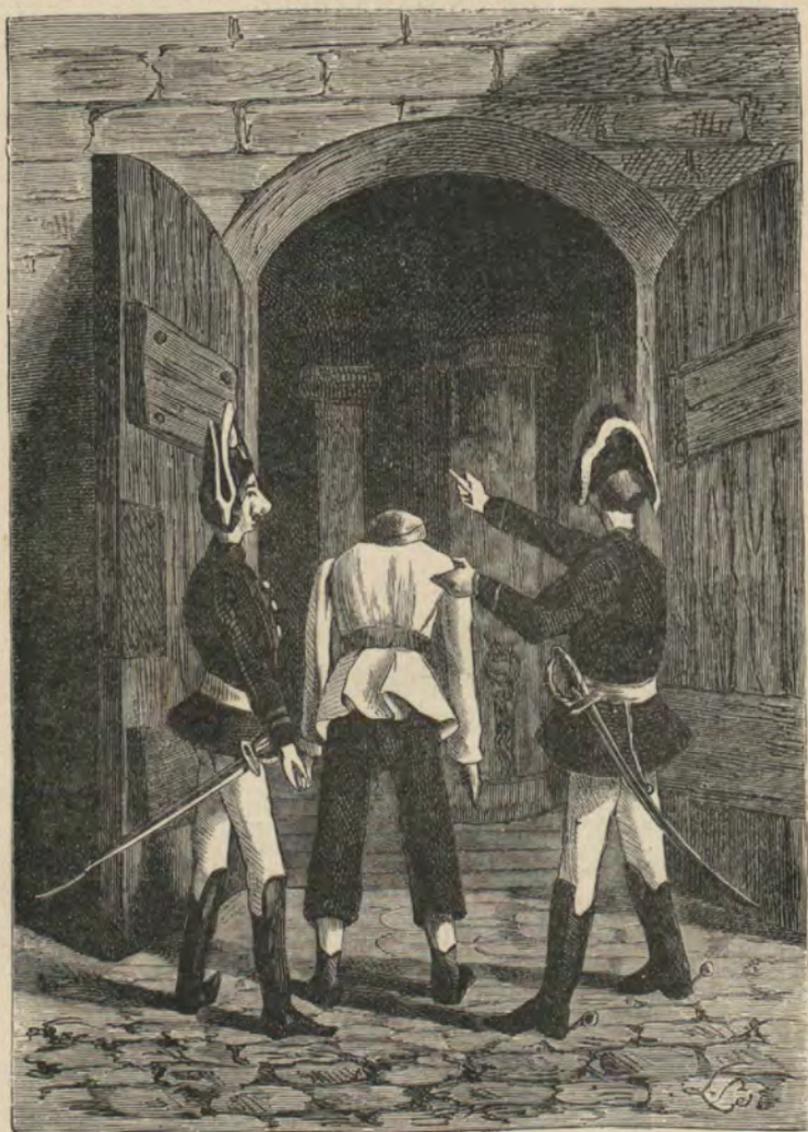
« ¡ Socorro! » gritaba el hombre.

Pero nadie pensaba en sacarle de allí porque todos pensaban que había tomado aquella postura para estudiar mejor las estrellas.

Esquinazo aprovechó aquel instante para estrechar la mano á Maravilla; mas como el doctor continuaba gritando, por fin le ayudó á salir del pozo.

« ¡ Ah! ¡ Eres tú! » murmuró el sabio, cuando hubo reconocido á su salvador.

— Sí, señor, yo he sido, respondió alegremente Esquinazo, y es probable que no hubiera podido prestaros semejante servicio, si me hubieran cortado la cabeza. »



ESQUINAZO OYÓ QUE SE CERRABAN DETRAS DE ÉL LAS PUERTAS DE SU ENCIERRO.

El anciano astrólogo estaba tan contento de verse al aire libre que preguntó al mandadero si no podía hacer por él algo que le agradara.

« Sí, señor, respondió Esquinazo.

— Pues dime lo que quieres, y te prometo que te lo daré, si me es posible.

— Quiero la mano de Maravilla, contestó Esquinazo; podeis dármela. »

El astrólogo frunció el ceño del modo más terrible y el pozo tembló hasta en sus últimas profundidades. Al punto llamó á los gendarmes y les mandó que metieran en un calabozo á Esquinazo.

¡Y esta órden bárbara se ejecutó á pesar de los lloros de Maravilla! Esquinazo oyó que cerraban detras de él las puertas de su encierro. En la amargura de su situación tenia un consuelo, y era el de pensar que aún dentro de la cárcel él estaba presente en el corazon de Maravilla, pensamiento que alegraba su triste soledad.

V

« ¡Cuándo volverás, Esquinazo! » suspiraba durante este tiempo la bondadosa Maravilla.

Furioso porque la veía en aquella desolación, el maldito astrólogo mandó que la encerraran en una torre.

Allí pasaba sus días Maravilla, pensando siempre en Esquinazo. A cada hora subía á la plataforma que coronaba la torre para ver si su prometido esposo no venía á libertarla; pero no veía más que el polvo de la llanura y el verde de los árboles y se quedaba sumida en la más honda amargura.

VI

Esquinazo tenía un amigo y era el chiquillo que limpia chimeneas, el deshollinador, hijo del pueblo como él y fabricado como él en el trozo de madera que sirve para hacer los juguetes baratos. Los dos amigos se querían entrañablemente : la pobreza estrecha relaciones entre los hombres.

El deshollinador subió pues al tejado de la cárcel y se deslizó por el cañon de la chimenea hasta el calabozo donde Esquinazo estaba encerrado.

« ¿En dónde estás, Esquinazo? » gritó á media voz miéntras bajaba.

El mandadero le oyó y contestó :

« Por aquí. »

Al cabo de un instante los dos amigos treparon por el cañon de la chimenea y subieron hasta el tejado.

¡ Qué alegría respirar el aire libre ! Esquinazo se abandonó con delicias á este

placer inponderable ; nunca los árboles le habian parecido tan verdes y se echó á llorar de gozo pensando que pronto veria á Maravilla. Pero sus lágrimas se hicieron amargas cuando le contó el deshollinador la triste aventura de la que consideraba como futura esposa. ¡ Miéntras él se regocijaba por su libertad, ella se consumia en una negra torre privada de todo consuelo ! ¡ Pobre Maravilla ! ¿ Y no le era posible hacer





nada en su favor? ¡Qué satisfacción tan grande si hubiese podido sacrificarse por ella!

La noche cubria de oscuridad la tienda. El deshollinador ató una cuerda á una chimenea de la techumbre y por la cuerda bajó Esquinazo seguido de su salvador, despues de lo cual entrambos se encaminaron hácia la torre. Marchaban en silencio sin hacer más ruido que

una mosca. Pero de repente tuvieron un susto, que les dió un perro ladrando porque les habia oido. ¡Maldito perro! Por fin llegaron al pié de la torre.

Esquinazo miraba para arriba sumido en sus negras ideas y preguntándose si no seria preferible para él renunciar á aquella luz que ya no alumbraba á su amada



Maravilla, cuando de repente apareció un vestido blanco en lo alto de la torre donde la jóven estaba encerrada.

¿Debia dar crédito á sus ojos? Era ella; Maravilla en persona, y entónces Esquinazo levantó sus brazos en el aire moviéndolos con un ardor que jamas habia conocido el molino de viento. Maravilla movió tambien los suyos y á Esquinazo le pareció que el mundo entero estaba contenido en aquel instante en las dos blancas manitas que se agitaban en lo alto de la torre.

Entre tanto el deshollinador no perdía el tiempo, sino que pensaba en los medios de asegurar la felicidad á aquellos dos corazones que se amaban tanto.



« Espérame aquí, dijo á Esquinazo, que muy pronto volveré con Maravilla.

Subió hasta la ventana, rompió el cristal y penetró en la torre.

Esquinazo espiaba contentiendo su aliento y los minutos le parecían siglos. Si los soldaditos se despertaban darian la voz de alarma y se perderia todo. Justa-

mente el cuquillo dió la hora; seguidamente un gallo gritó : « ¡Quiquiriquí! » Y se elevó un rumor en las profundidades de la tienda.

No fué nada. Volvió á reinar el silencio y en el sueño de todas las cosas Esquinazo oyó que se abria la puerta de la torre. Dió un salto : era Maravilla acompañada por el deshollinador.

VII

Naturalmente se dijeron las palabras más cariñosas.

Pero apremiaba el tiempo y era preciso alejarse del astrólogo, quien no tardaria en visitar la torre y viendo vacia la jaula emprenderia seguramente la persecucion del pájaro.

La cuestion estaba en saber adónde se dirigirian. Allá, á larga distancia, habia una tribu de pieles rojas, con la piel pintada y una trenza de pelo encima de la cabeza. El amo de la tienda les habia presentado á una criatura de diez años diciendo que eran indios bravos ; pero Maravilla se habia asustado al ver aquellas caras

feroces y resolvieron refugiarse en una granja que no estaba muy léjos.

Comenzaba á despuntar la luz del dia por los postigos cuando llegaron, y despues de haber abierto la puerta de la empalizada, atravesaron un corral y se encontraron en las habitaciones de la granja.

No se sabe por qué, el fabricante que la habia poblado de vacas, terneras, pollinos y caballos, se habia olvidado de hacer alojamiento para los labradores y naturalmente el establecimiento se resentia de la falta: reinaba cierto desórden entre los animales, habia cerdos tendidos de lado á la entrada y una araña habia tejido una tela inmensa en el umbral.

VIII

Maravilla tomó inmediatamente á su cargo el gobierno de la granja, extendiendo sus atribuciones al gallinero y al palomar. Esquinazo tomó por su cuenta el establo y la cuadra, y el deshollinador sacaba á paseo á los patos. Mucho prosperó entónces la granja.



No se vieron nunca caballos más relucientes, ni vacas más gordas, ni pavos mejor cebados. Era un gusto admirar todo aquello : todos los animales rebosaban salud y el contento general era tan grande que no se habria oido ni el ruido del trueno en medio del que causaban con sus gritos en sus respectivas lenguas los animales de la granja. Habia árboles de un color de esmeralda rizados como con tenacillas plantados á lo largo de los caminos que proyectaban ligeras sombras, y carneros cargados con plateados vellones más gruesos que los manguitos usados por las señoras elegantes.

IX

Pasado algun tiempo les dejó el deshollinador porque le entró la nostalgia de su oficio, y queria seguir limpiando chimeneas.

Terrible fué este golpe para Esquinazo y Mara-



villa; pero es el caso que el deshollinador se envejecía por instantes y el pesar le devoraba. Quería volver al horizonte negro, el color de su profesion. No tuvieron más remedio que despedirle bajo la condicion de que vendria á menudo á visitarles.

Y con efecto volvió á los pocos dias gritando :

« ¡Feliz nueva!

— ¿Qué hay?»

Su amigo les dijo que podian regresar á la ciudad, porque el maldito doctor se habia ahogado en el pozo. Pero los jóvenes se miraron con ternura.

Pensaban en la felicidad que habian disfrutado en aquella granja y les faltaba valor para marcharse á otra parte.

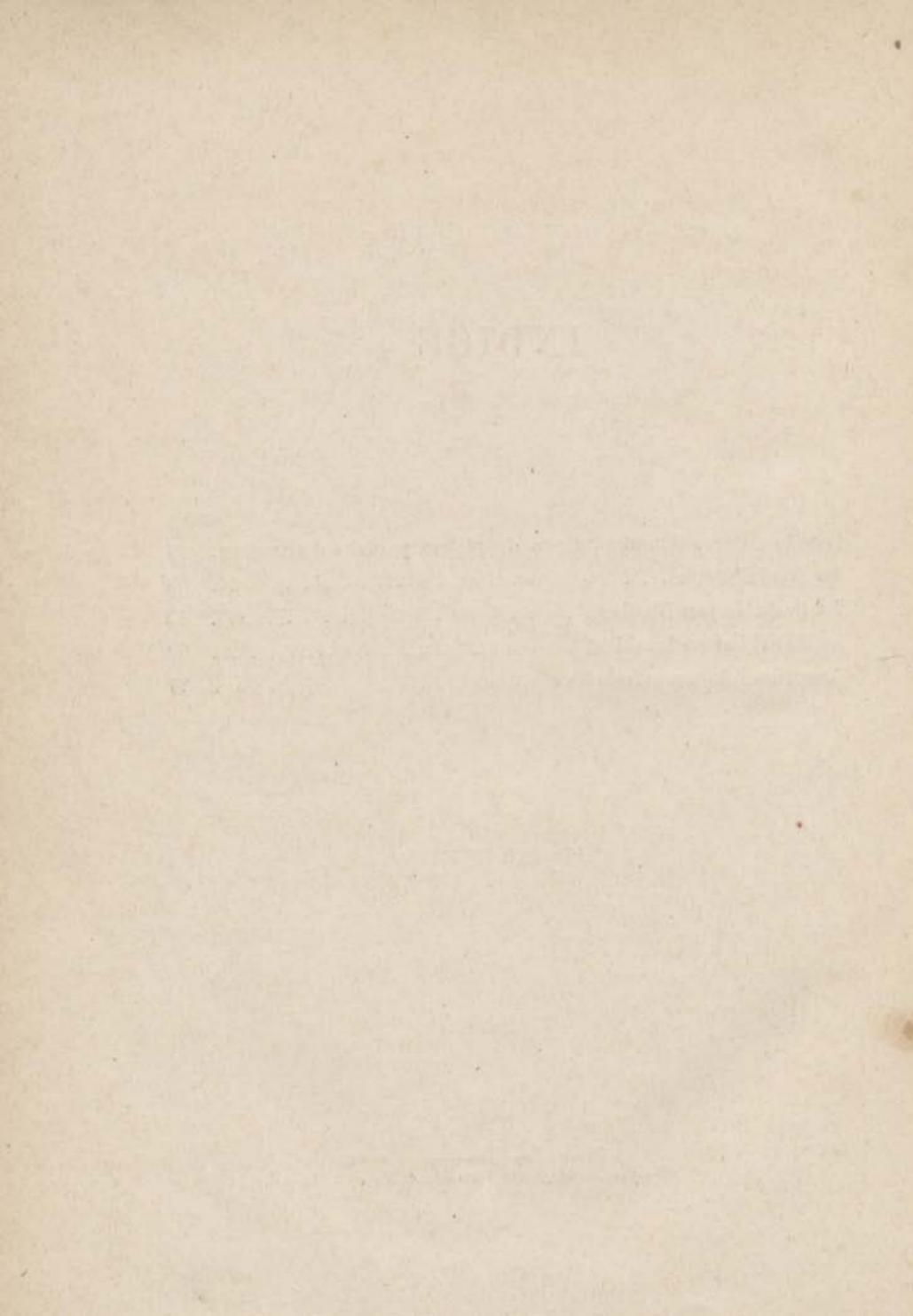
« No, no, dijo por fin Maravilla, nos quedaremos aquí toda nuestra vida para no apesadumbrar á nuestros amigos los animales. »

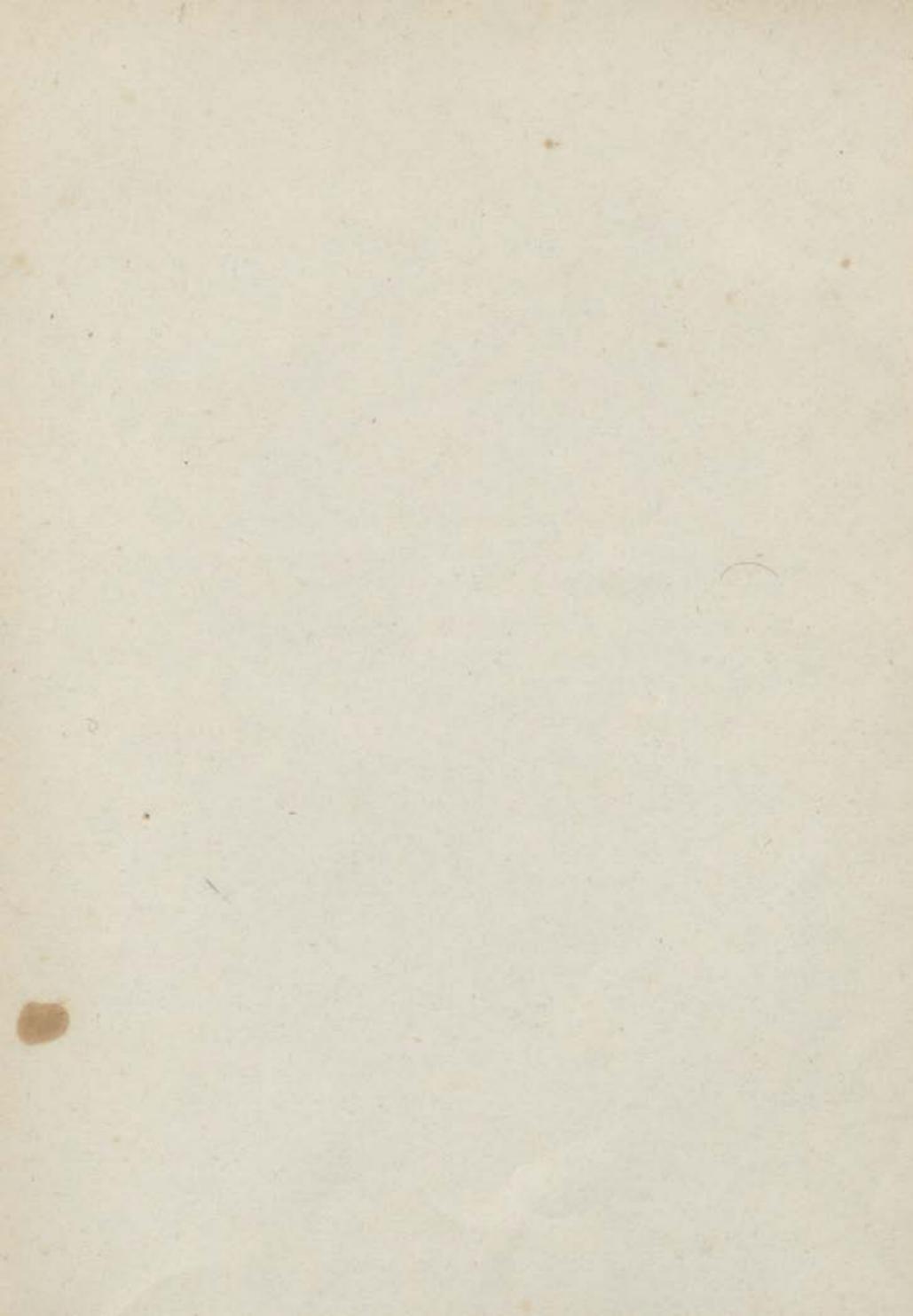


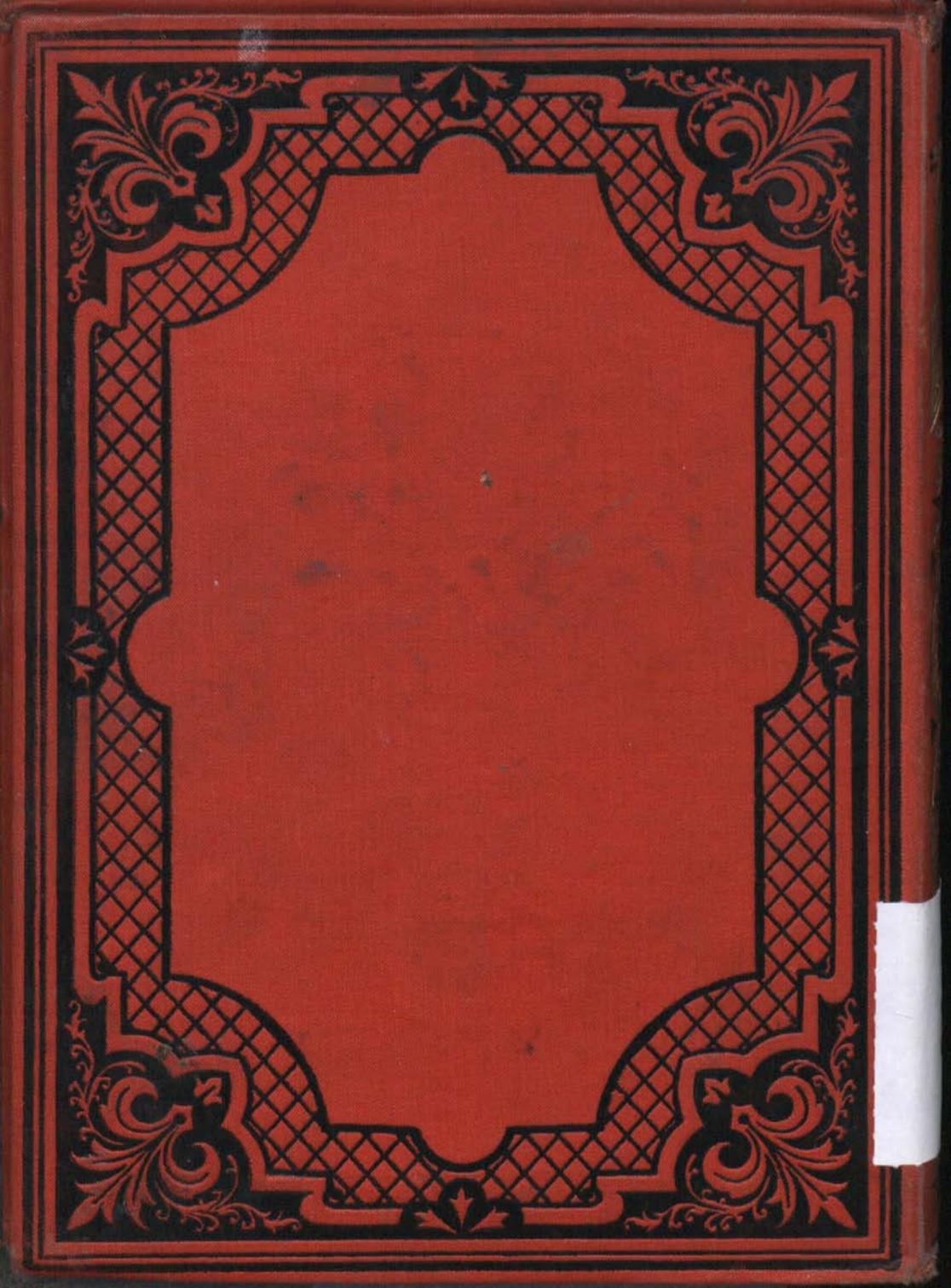
INDICE

	Páginas.
Batalla entre soldaditos, unos de plomo y otros de madera.	7
La Nochebuena	25
La fiesta de san Nicolas	43
La Natividad en la aldea.	59
Aventuras de un mandadero	77

FIN DEL INDICE







G 39756

